

**OBRAS  
ESCOGIDAS**



*Nuevamente Ema y su amiga dominicana protagonizan una serie de aventuras. Esta vez hacen con su curso un viaje de estudios, con el fin de conocer una región de la República Dominicana donde sobreviven diversas leyendas relacionadas con la época de la Conquista española. Forma parte del curso un atractivo argentino, con el cual vivirán una variedad de extraños episodios, que les servirán para aprender a respetar las diversidades culturales y apreciar los valores de la libertad y de la solidaridad.*

Angélica Dossetti nació en Santiago en 1973. Estudió Trabajo Social, pero su verdadera vocación son las letras, las que la sedujeron desde la niñez. Además de la presente, sus otras cuatro novelas –*¡Hay que salvar a Sole!*, *Todo por una amiga*, *Un secreto en mi colegio* y *La decisión de Ema*– han sido muy bien recibidas por los jóvenes y los educadores, debido a lo novedoso de sus tramas, la inclusión de los temas e intereses que hoy atraen a los niños y los valores que contienen.

CODIGO 6437

I.S.B.N. 978-956-12-1923-6



9 789561 219236

Un viaje inesperado | ANGÉLICA DOSSETTI

# UN VIAJE INESPERADO

ANGÉLICA DOSSETTI





# UN VIAJE INESPERADO

---

ANGÉLICA DOSSETTI

*ILUSTRACIONES DE*  
ALFREDO CÁCERES



*Delfín de Color*  
I.S.B.N.: 978-956-12-1918-2.  
11ª edición: enero de 2015.

*Obras Escogidas*  
I.S.B.N.: 978-956-12-1923-6  
12ª edición: enero de 2015.

*Gerente editorial:* José Manuel Zañartu Bezanilla.  
*Editora:* Alejandra Schmidt Urzúa.  
*Asistente editorial:* Camila Domínguez Ureta.  
*Director de arte:* Juan Manuel Neira.  
*Diseñadora:* Mirela Tomcic Petric.

© 2008 por Angélica Dossetti Calderón.  
Inscripción N° 172.850. Santiago de Chile.  
© 2013 por Editorial Zig-Zag, S.A.  
Inscripción N° 234.446. Santiago de Chile.  
Derechos exclusivos de edición reservados por  
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.  
Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.  
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.  
Teléfono 56 2 28107400. Fax 56 2 28107455.  
E-mail: zigzag@zigzag.cl  
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo  
ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio  
mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,  
microfilmación u otra forma de reproducción,  
sin la autorización escrita de su editor.

Impreso por R.R. Donnelley Chile Ltda.  
Av. Santa Bernardita 12017, San Bernardo.  
Santiago de Chile

Dedicado a todos los que sueñan con un  
mundo mejor y que trabajan para construirlo.



Cuando una tiene doce años y está a punto de cumplir trece, no piensa que pueda existir algo más que la familia, los amigos y el colegio. Tampoco es capaz de imaginar que en una cotidiana gira de estudios pueda encontrar mucho más que lindos paisajes y buenos momentos con los compañeros. A una no se le pasa por la mente que de un momento a otro se pueda topar de frente con lo impensable.

Ema S.

**Martes 8 de agosto**

Aún no se cumple un año desde que estamos viviendo en República Dominicana, y no sé por qué siento como si éste también fuera mi país. Si me lo hubieran dicho el año pasado, no lo hubiese creído.

Ayer entré a clases y, como mi hermano Nico cumplió cuatro años, ahora él también va al colegio (en realidad, a un jardín de infantes). Así que, igual que el año pasado, nos fuimos en la van que conduce Ramón y, como era el primer día de clases, nos acompañó mi mamá. Otra vez lo mismo: el mismo uniforme, la misma hora de viaje, los mismos merengues que escuchábamos el año pasado y los mismos chistes repetidos de Ramón, que parece olvidar que me los ha contado como mil veces.

No tenía muchas ganas de entrar a clases, pero como estoy obligada a asistir al colegio, traté de verle

el lado bueno: me encontraría con mi amiga Ana, a la que no veía desde que llegamos de Chile, en donde pasamos las vacaciones de “verano invierno” en casa de mi abuela. Como nos quedó el medio despelote en ese viaje, apenas bajamos del avión y nos encontramos con nuestros papás, pasamos derecho a los respectivos castigos y no nos pudimos juntar de nuevo. (No pienso escribir por qué ni cuál fue el castigo, porque quiero olvidarme de eso). Esperaba encontrarme con Cecilia y con Pancho, pero casi no los vi porque ahora están en otro pabellón. Creo que fue mejor, pues apenas asomó la cara sonriente color chocolate de Pancho, coronada por esos rulos que ahora los tiene más largos y le cuelgan como melena, me di cuenta que todavía me gusta, pero sólo un poquito. Por suerte, porque Ana me contó que Pancho está de novio con Cecilia (pololeando, no como los noviazgos en Chile que terminan en matrimonio) y me da una pica enorme de no gustarle, y eso que ya no me provoca esos retorcionjes en la guata que me daban el año pasado, que de sólo verlo se me paraba la respiración. Creo que será mejor que no lo

vea mucho hasta que me deje de gustar un poquito y termine viéndolo sólo como un buen amigo.

Con lo de las vacaciones en Chile, y el castigo que me gané, había olvidado por completo que este año nos tocará viaje de campo (algo así como las giras de estudio, pero aquí en ellas se estudia de verdad, no como esas que parecen vacaciones). Me puse feliz cuando miss Clemencia, mi profesora jefe este año, nos entregó la lista de los materiales que tenemos que tener para el próximo lunes, que será el día en que embarcaremos en el bus que nos llevará al lago Enriquillo. No sé bien dónde está; lo traté de ubicar en un mapa, pero no lo entiendo mucho: me cuesta identificar los puntos cardinales en esta isla. La única forma de saber hacia donde se encuentran el norte y el sur, es viendo el globo terráqueo completo. Creo que queda al sureste de Higüey, pero no estoy segura, así que tendré que averiguar más sobre el famoso lago, no porque quiera, sino porque me lo dieron de tarea en el colegio.

Me emociona mucho salir de viaje de campo: primero, porque es una semana sin ir al colegio, aunque igual

cuenta como clases, y segundo, porque me encanta conocer lugares nuevos. Ramón (el chofer que me lleva al colegio) me contó que esa zona de Dominicana no tiene nada que ver con el resto del país: está muy cerca de la frontera con Haití, es casi tan seca como un desierto y el lago es lo que queda de lo que antes fue una entrada del mar que dividía a la isla en dos. Por eso el agua del lago es salada, mucho más salada que el mar porque al evaporarse el agua va quedando la sal acumulada. También me contó que antes el lago tenía otro nombre y que posteriormente le pusieron el nombre de Enriquillo, por un indio que se rebeló contra los españoles que estaban colonizando la isla. Si Ramón se acordara mejor de las clases que le hacían cuando estaba en el colegio, me podría ayudar con mi tarea, pero es tan despistado que no me queda otra que averiguar en los libros, o en Internet y, de verdad, no tengo muchas ganas de hacerlo.

*Nota: Después sigo escribiendo; ahora me iré a hacer las tareas. Este año me tiene que ir bien en el colegio.*

## Viernes 11 de agosto

No había podido escribir en mi diario ya que se me había perdido. Ocurre que mi hermano Nico está más intruso que antes: entró a mi pieza y se arrancó con un montón de cosas que después escondió en una caja en la playa, entre las ramas de una palmerita. Por suerte lo encontró un turista alemán, que no entiende ni jota de español, y lo entregó en Recepción, justo cuando yo iba pasando. Menos mal que no alcanzaron a leer nada sobre lo que había escrito de Pancho, porque no quiero que nadie sepa de eso. Para ahorrarme los dramas con mi hermano, le pedí a papá que me diera la llave de la caja fuerte que está en el closet de mi pieza; como es igual al resto de las habitaciones del hotel, también tiene una. Al comienzo no quería, pero le rogué tanto que terminó por decir que bueno y ahora ando feliz con mi llave colgada de un cordel que llevo siempre al cuello, y que se ha transformado en mi mayor tesoro.

Al curso llegó un compañero nuevo, que no es dominicano sino argentino, de Mendoza, una ciudad

que está súper cerca de la frontera con Chile y que conozco porque una vez fuimos con mis papás a pasear y a comprar cosas de cuero. El chico nuevo se llama Facundo: es alto, delgado, de piel tostada, con el pelo ondulado que le llega a los hombros, y ojos café claro con unas pestañas enormes de esas que dan envidia.

Ana y yo decidimos adoptar a Facundo; nos daba mucha pena ver al pobre tan perdido como yo el año pasado, sin saber qué hacer ni dónde ir. La única diferencia que tiene conmigo es que él es seco para el inglés: nos contaba que como su papá trabaja en un laboratorio de esos que hacen remedios, le ha tocado vivir en muchas partes, hasta en Estados Unidos, por lo que no le quedó otra que aprender inglés desde chico.

Facundo es lindo y siempre se queda mirándome con cara de concentración. A veces pienso que tal vez se fija en mis dientes chuecos, que por suerte tendrán frenillos en septiembre, o probablemente se fija en mis piernas flacas que no sé cómo puedo disimularlas con el uniforme. La verdad es que no me gusta la idea de tener la boca llena de alambres, pero es peor tener esta ensalada de dientes que me acompleja tanto y hasta me



avergüenza hablar. A veces, también quedo mirándolo como tonta y me he dado cuenta que, desde que nos juntamos con Facu, pienso menos en Pancho; quizás me está empezando a gustar un poquito.

Anoche me quedé conversando con mamá: todos se habían ido a dormir y ella pasó a verme a mi dormitorio. Me preguntó cómo estaba el colegio y le conté lo típico de los compañeros, de Ana, de Pancho y de Cecilia que ahora eran novios. También le hablé de Facu y creo que puse cara de tonta o algo por el estilo, porque mi mamá le dio por hablar de él.

—Y ¿de dónde es este chico? —me preguntó, con cara de mamá buena onda.

—De Mendoza —respondí un poco incómoda.

—Ah...Y dices que es amigo de ustedes —siguió, con ese tono de madre en plena investigación.

—Es que el pobre está bastante perdido —yo creo que ella quería saber si me gustaba.

—Ah...Así que Pancho y Cecilia están pololeando —puso cara de circunstancia.

—Eso me contó Ana —le dije.

—Y, ¿no encuentras que están un poco chicos

para andar en esas cosas? —yo creo que a mi mamá le complica el tema.

—¡Mamá! Si es normal, ya tienen trece años y luego cumplirán catorce —le contesté, un poco molesta por lo que había dicho.

—Igual son pocos años —ella se defendió.

—Pero mamá, tú me contaste que empezaste a pololear a los catorce, ¿te acuerdas?

—No es lo mismo.

No sé por qué los papás siempre dicen que “no es lo mismo” cuando uno hace algo que ellos hicieron a la misma edad. ¿En qué puede ser distinto pololear a los catorce años en la época en que mamá era de mi edad, a pololear a los catorce en el siglo veintiuno? ¿Será que les da miedo que una haga las mismas cosas que hicieron ellos y qué, en una de esas, no se portaron tan bien como dicen?

Mamá se quedó hasta como las dos de la mañana tratando de saber si yo también estaba pololeando y, por más que le dije que no, creo que no me creyó nada. Los papás son un poco raros: pienso que les da miedo darse cuenta que sus hijos están

creciendo y hacen lo imposible por convencer a los pobres chicos de que aún son niños, aunque en mi caso ya tenga que usar sostenes, cosa que me carga porque me aprietan la espalda.

En casa, o mejor dicho en el departamento en que vivo con mis papás y mi hermano, en el último piso del edificio de la administración del hotel en que mi papá es gerente en Punta Cana, no han pasado muchas cosas. En realidad, aquí nunca pasa nada muy interesante porque los turistas vienen de vacaciones, a descansar, siendo lo más emocionante algún borracho o la típica señora intoxicada de tanto comer, pero nada más. De repente me dan ganas de que pasen cosas entretenidas, como que en la playa encuentre alguna cueva oculta entre las palmeras, con un tesoro enorme dentro. Como estoy en el Caribe, pienso continuamente en los piratas que navegaban por estos lados, ocultando baúles llenos de oro y joyas, como lo muestran en las películas. A veces me pongo mi traje de baño y un pantalón corto, pido un kayak en Deportes Náuticos y me voy remando a explorar los manglares que están como a un kilómetro hacia el este por la playa del

hotel (sé que queda hacia ese lado porque me lo dijo uno de los chicos de Recreación, que me imagino se ubicará más que yo en esta isla), para ver si encuentro algo escondido. Aún no he descubierto nada, sólo los árboles y arbustos que se meten en el mar formando una especie de bosque lleno de pasadizos oscuros por lo tupido de las ramas. El calor es tremendo todo el año y uno se acostumbra a estar siempre transpirada, pegajosa, a respirar el aire húmedo, que hasta eché de menos el clima cuando estuve de vacaciones en Chile. Cuando voy remando hacia los manglares, me gusta mirar el fondo del mar: el agua es tan cristalina que se pueden ver los peces de colores y las algas que forman un matiz increíble de turquesa mezclado con el dorado de la arena. Me gusta este país por su paisaje, por la gente que vive aquí, por la manera cómo acogen a los extranjeros como yo, por sus pieles morenas, por su alegría y su sencillez. Creo que me daría mucha pena tener que irme.

*Nota: Mejor no sigo escribiendo, me he puesto muy sentimental y hasta me dan ganas de llorar; no sé por*



*qué me pasa esto tan seguido. Mi mamá dice que es la adolescencia (como si fuera una enfermedad).*

### **Domingo 13 de agosto (casi lunes 14)**

Faltan veinte minutos para las doce de la noche y no puedo dormir de la emoción por el viaje al lago Enriquillo con mi curso. Ya tengo todo listo. La mochila me quedó súper pesada, pues tuve que echar demasiadas cosas: ropa, zapatos, lupa, toalla y otro montón de utensilios que estaban en la lista que nos entregó miss Clemencia, de los que ya ni me acuerdo. Pero no importa que tenga que arrastrarla, igual estoy feliz.

*Nota: Me iré a dormir, ya me dio sueño.*

### **Lunes 14 de agosto**

Hoy fue un día increíble: por la mañana, toda mi familia me fue a dejar al bus que salía desde el colegio con dirección al lago Enriquillo. Papá me

dio mil recomendaciones, que escuché con cara de atenta para que no se fueran a arrepentir de darme permiso, y también tuve que mostrarle un montón de veces el celular con su cargador, porque dice que con lo buena que soy para meterme en líos, no voy a ninguna parte si no tiene cómo ubicarme. Después de los besos y los abrazos, subí al bus como una bala y me senté junto a Ana. Delante de nosotros iban Facundo y Mauricio, un compañero tan despistado que ni siquiera habla, así que era igual como si el asiento estuviera desocupado. Todo el camino fuimos conversando entre los tres, tan entretenidos que no nos dimos ni cuenta de lo mucho que nos demoramos en llegar a Neiba (un pueblo cercano al lago Enriquillo), porque cuando bajamos del bus ya estaba oscuro. Me he dado cuenta que en Dominicana uno se demora mucho en ir de una ciudad a otra, no porque las distancias sean muy largas, sino que debido a los caminos tan malos que todo se hace eterno.

Miss Clemencia, y los tres profesores a cargo del curso, nos formaron y contaron una y otra vez para

asegurarse que estábamos todos. Luego, fuimos caminando como una cuadro (que con lo que me pesaba la mochila, sentí lo mismo que si hubiera caminado un kilómetro) hasta una casona enorme y un poco destartalada que anunciaba, con un letrero verde pistacho iluminado por un par ampolletas, que nos encontrábamos en la *Posada de Don Manuel*. Miss Clemencia nos condujo hasta un patio interior donde nos hizo formar un círculo, sacó una lista de su bolsillo y comenzó a asignar los dormitorios: en cada uno dormirían cinco chicos y, como el curso es de treinta, nos dividieron en seis grupos. Lo bueno fue que a mí me tocó con Ana, aunque lo malo fue que también en mi grupo quedó Antonieta, la compañera más pesada, creída, mandona y repelente que tenemos en el curso. Se cree la mejor y más linda de todas: siempre camina sin mirar al suelo, con la vista perdida en algún punto del horizonte. Es un poco más baja que yo y sufre del mismo mal de piernas flacas que me atormenta, pero parece que eso a ella no le molesta, pues la falda del uniforme con suerte le tapa

los calzones. Usa el pelo largo y, aunque lo tiene tan crespo como Ana, siempre lo lleva planchado en un liso perfecto. Tiene piel mulata y unos ojos azules que estoy segura son lentes de contacto y, lo peor, todos los chicos del curso andan tras ella como tontos. Me da mucha rabia, ya que incluso he sorprendido a Facundo mirándola como estúpido.

Lo primero que hicimos en la posada, después que nos asignaron las habitaciones, que no se parecen en nada a las del hotel que administra mi papá, fue dirigirnos a guardar los bolsos. La posada es parecida a las casas coloniales que hay en Chile, formando un cuadrado de dos pisos con un patio interior lleno de plantas de ese verde intenso que tanto me gusta, salpicado de flores de todos los colores del arco iris. Para llegar a las habitaciones se debe caminar por un pasillo de piedras que rodea este patio, con grandes vigas que sostienen el techo. La habitación 22 que nos tocó tenía la puerta abierta, e intenté ser la primera en entrar, pero no pude porque la pesada de Antonieta me dio un empujón, poniéndose delante de mí. En-

cendió la luz y comenzó a asignar las camas que estaban distribuidas en dos literas y un sofá cama. Por supuesto, ella escogió la mejor ubicada, junto a una ventana y en la parte superior de la litera. Siempre me han fascinado las literas, aunque nunca he dormido en una, así que no le hice caso cuando me asignó el sofá, y corriendo hasta la litera que estaba desocupada puse sobre ella mi mochila, mientras con un pie pisaba la cama de abajo para que la ocupara Ana. A Claudia y Romina (las otras niñas que les toca compartir pieza con nosotras) no les quedó otra que acomodarse a regañadientes en las camas restantes. Por poco nos pusimos a discutir con Antonieta, pero justo nos llamaron para que fuéramos al comedor a cenar.

Ana, Facundo y yo nos sentamos en una de las muchas mesas del comedor de la posada. El lugar era amplio, como una terraza cubierta, con ventiladores en el cielo del recinto. De los bordes superiores colgaban toldos blancos, algunos enrollados y otros desplegados formando una especie de carpa para detener la brisa, que

ya comenzaba a correr. Neiba me recuerda el clima de Chile en verano: con mucho calor en el día, pero en la noche refresca. Una señora nos sirvió una comida —que me encantó— compuesta de habichuelas guisadas, que parecen porotos rojos, acompañadas de verduras, tomates y caldo de carne, similar a un guiso de porotos con riendas, pero sin tallarines.

En realidad, no pude apreciar mucho el paisaje, como me vine conversando con mis amigos, ni me preocupé de mirar por la ventana del bus y, cuando llegamos, ya estaba oscuro. No sé por qué tengo la sensación de que mañana al levantarme y salir de la pieza, me encontraré con los paisajes que rodean mi casa en Santiago.

**Ultra secreto:** mientras cenábamos, cuando Ana fue a buscar el postre, Facu me quedó mirando y me dijo que tenía unos ojos muy lindos. Me puse roja como tomate y le respondí como tonta: “Tú también”. Con voz de perna...

*Nota: No sigo escribiendo porque la pesada de Antonieta se subió a mi cama e insiste en mirar lo que anoto.*

### **Martes 15 de agosto**

Hoy ha hecho un calor espantoso. Dentro del bus que nos llevará al lago Enriquillo estaba más caluroso aún; el conductor dijo que se le había echado a perder el aire acondicionado, y en Dominicana es terrible no tener cómo refrescarse. Es cierto que ya estoy acostumbrada a sentirme acalorada, pero en el bus me sentía sofocada, como si estuviera dentro de una lata de sardinas (o de atún, nunca he visto por dentro una lata de sardinas) con treinta y cinco personas adentro, todos tratando de respirar el aire caliente que entraba por las ventanillas abiertas.

Esto del sofoco me tuvo de muy mal humor todo el camino; se me hacía insoportable el calor que a momentos no me dejaba respirar. Miss Clemencia se paró en el extremo del pasillo del bus, haciendo equilibrios para no caer con los vaivenes, para darnos

una charla sobre la “biodiversidad” que encontraríamos en el lago Enriquillo y explicándonos por qué tenía ese nombre. Algo entendí acerca de un indio criado por los españoles que se rebeló contra la opresión (creo que estaba hablando de lo mismo que me contó Ramón); parece que era un cacique y fue una de las primeras resistencias organizadas que se produjeron en la isla y que algo consiguió, pero no sé qué. Como todo lo habló en inglés, y aún no soy muy buena en ese idioma, le entendí a duras penas la mitad de todo lo que dijo. La charla fue apoyada por Antonieta, que se cree la más inteligente del curso, quien a cada rato levantaba la mano para intercambiar comentarios con la miss (se nota que estudió todo lo que pudo antes del viaje, siempre tan perna).

Estaba tan enojada, que ni siquiera Ana y Facundo pudieron hacerme reír (tan lindo él, me hacía hasta morisquetas), puesto que además de sentir las voces que me retumbaban en los oídos, tenía una sed tan grande que me hacía picar la garganta como si estuviera tragando arena: no sé cómo podemos ser tan despistados y olvidarnos de andar

siempre con algo para calmar la sed. Lo peor era que la única que andaba con algo para beber era Antonieta, y yo no pensaba pedirle aunque muriera deshidratada, porque si le pedía un poco del agua mineral que exhibía a cada instante, de seguro me costaría muy caro y, por último, no pensaba pedirle de puro orgullosa. Me picaba tanto la garganta que hasta me dio tos, lo que hizo que Antonieta se fijara en mí y, mostrándome la botella, tomara un trago del líquido con una sonrisa cínica en los labios. Es una pesada, y estoy segura que no me soporta, menos ahora que le desorganicé toda la distribución que había tratado de hacer en la habitación de la posada.

Cuando estaba en lo mejor tratando de concentrarme en fabricar saliva para hidratar mi garganta, aunque no sé de dónde pensaba sacarla, de pronto el bus dio un tremendo brinco. Saltamos descontrolados dentro de las latas y miss Clemencia cayó de bruces en el piso. El bus se detuvo, mientras por la ventanilla podía verse una nube de polvo, para luego quedar todo en silencio. Me dieron ganas de gritar,



pero tenía mucho susto y la garganta demasiado seca como para que me pudiera salir la voz. Miss Clemencia se paró con la ayuda de otro profesor que estaba sentado en primera fila, mientras el conductor del bus, luego de jalar con fuerza la palanca del freno de mano y de secarse la transpiración con un pañuelo viejo, se paró del asiento para decirle algo al oído a la miss. Todo el curso quedó mirándolos sin abrir la boca y, cuando terminaron de cuchichear, el conductor bajó del bus, que estaba inclinado hacia el lado trasero izquierdo.

—Calma, chicos, al parecer tenemos un problema con un neumático, pero ya se solucionará —dijo miss Clemencia, que se notaba un tanto asustada porque habló en español, cosa súper rara porque en el colegio todo se habla en inglés.

El conductor regresó al bus y le dijo otras cosas a la miss, quien escuchaba y asentía con la cabeza.

—Chicos, tendremos que bajar del bus para que cambien el neumático que se estropeó —la miss tenía la típica sonrisa nerviosa de los adultos y seguía hablando en español.

Todos bajamos y nos amontonamos bajo la sombra del único árbol grande que había al costado del camino. El conductor y míster Joseph (el profesor de Naturaleza que nos acompaña) sacaron una caja de herramientas y una rueda desde la maletera del bus y se pusieron a trabajar. Sentía que pasaba el tiempo y no terminaban nunca de reparar la falla y, aunque hacía menos calor que adentro del bus, aún tenía la garganta seca y estaba desesperada por un poco de agua. Lo que más me molestaba era ver a la pesada de Antonieta paseándose con su botella de agua mineral, bebiéndola con tanto gusto y hasta derramando un poco del líquido sobre su cabeza para refrescarse. Estoy segura que lo hacía para molestarte.

—Miss Clemencia, ¿falta mucho para llegar? —le pregunté a la profesora, desesperada de sed.

—No, como quince minutos —dijo y siguió mirando al par de hombres que estaban agachados luchando con la rueda.

Me acerqué a Ana y Facundo, que estaban sentados en unas piedras.

—¿Me acompañan a ese quiosco, a comprar una bebida? —les pregunté.

—¿Que quiosco, si aquí no hay nada? —preguntó Ana, mirando hacia todas partes.

—Ese —les dije, mientras indicaba con el dedo una manchita oscura al lado del camino.

—Bueno, pero rápido, porque si nos pillan nos matan —dijo Ana.

Esperamos un rato hasta que la copuchenta de Antonieta, que se había ido a instalar al lado nuestro y le hablaba cosas al oído a Facu, se fuera donde otros compañeros para escabullirnos de a poco del grupo. Tratando de hacernos los tontos nos fuimos alejando lentamente hacia donde el camino hacía una pequeña curva y luego el bus tapaba al resto del curso. Caminamos rápido por la vía polvorienta porque, pese a estar en Dominicana, un país caribeño lleno de palmeras, pasto, flores y toda la vegetación que uno pueda imaginar, este lugar contrastaba con todo lo que yo había visto antes. Estábamos en una explanada rodeados de montañas no muy altas, cuya tierra era arcillosa, muy seca, con uno

que otro arbusto pequeño y muchos cactus, como en un pequeño desierto.

Los tres caminamos rápidamente, casi al trote, sin detenernos hasta llegar al quiosco. No tenían bebidas gaseosas, pero me ofrecieron jugo de uvas, porque este sector es famoso por sus viñedos. Aún no he visto uno, pero los conozco porque Chile está lleno de ellos y siempre los veía cuando íbamos al Sur por la carretera. Apenas pude calmar la sed y, después de guardar reservas de jugo en mi mochila para que no me pasara nuevamente lo mismo, partimos hacia el bus. Caminamos como mil horas, pero no lo encontramos: sólo vimos una mancha negra de aceite en el camino, junto al árbol que antes nos protegió del calor.

—¡Diablos! Se fueron sin nosotros —dijo Ana, mientras pateaba el suelo y se levantaba una nube de polvo.

—Calmáte, piba, ya se darán cuenta que no estamos y volverán por nosotros. —Facundo consoló a Ana, con su acento argentino que me gusta tanto.

Me hice la súper tonta, después de todo yo fui



quien les pidió que me acompañaran a comprar. Nos sentamos en el suelo, con las espaldas apoyadas en el árbol.

—¿Y si no vienen? —preguntó Ana, con voz de angustia.

—Mira, si no vienen en media hora, caminamos siguiendo el camino y llegamos al lago —le dije, mientras miraba un mapa caminero que había bajado de Internet.

—¿Vos creés? —preguntó Facundo.

—Claro, mira, aquí se puede ver el camino —le respondí, al tiempo que le mostraba el mapa.

Pasó un rato sin que en el camino se viera rastro del bus y, cuando ya estaba un poco preocupada, metí la mano dentro de la mochila para verificar si tenía mi celular. Por un momento, me sentí tentada a llamar a mi mamá y contarle que nos habíamos quedado abajo del bus, pero lo pensé dos veces y me arrepentí, porque de seguro iban a armar el tremendo escándalo y la verdad es que este último tiempo ya me he metido en demasiados problemas como para avisar de uno nuevo. Decidí usar el teléfono sólo si fuese muy necesario.

## Martes 15 de agosto (por la tarde)

Me carga la palabra culpa, pero no tengo otro término para expresar cómo me sentía: completamente culpable de estar ahí, en medio de la nada junto a Ana y Facundo que ya no me hablaban, sólo se miraban de cuando en cuando y en conjunto me lanzaban uno que otro vistazo reprochador. Yo estaba inquieta, sentada en el suelo con la espalda apoyada en el único árbol de un tamaño medianamente decente, que se distinguía del resto por ser más grande y frondoso.

—¡Y, chicas!, ¿qué hacemos? —Facundo rompió el silencio y su voz sonó como un trueno.

—Yo creo que tenemos que llamar por teléfono a nuestras casas, aunque eso nos cueste un súper reto —les dije; en realidad ni siquiera quería ver el dichoso celular, pues me imaginaba la cara que pondría mi papá cuando supiera que nos habíamos quedado abajo del bus y el castigo que de seguro me ganaría.

Facundo comenzó a escarbar en su mochila y sacó su teléfono móvil, lo miró con atención y le dio como tres golpes; luego se paró y comenzó a

moverse en todas las direcciones posibles, levantando y bajando el aparato casi hasta el suelo.

—No tengo señal —sentenció.

Ana y yo también tomamos nuestros teléfonos y comprobamos con terror que las barras que indican la señal telefónica no se veían por ninguna parte.

—Olvidémonos de los teléfonos, no tienen cobertura —dije, mientras guardaba el celular—. Propongan otra idea mejor.

—Seguir esperando, ya se darán cuenta que no estamos —dijo Ana, entre dientes.

—Creo que tenemos que caminar por la carretera.

No tenía ganas de seguir hablando. El sol abrasador del mediodía me tenía desesperada y, para peor, la escasa sombra que nos daba el árbol parecía consumirse.

—Ya no des más ideas, Ema —dijo Ana, enojada.

—¿Y qué quieres, quedarte aquí para siempre? —respondí en un tono agresivo.

—¡Calma, chicas!, no peleen, es lo peor que podemos hacer en este momento —Facundo intentó calmar los ánimos.

—Es que si no hubiera sido por la idea de Ema de ir a comprar un refresco... —Ana no pudo seguir hablando porque la interrumpí.

—¡Yo no obligué a nadie a que me acompañara! —a esas alturas yo hablaba a gritos.

—¡Calma! —Facundo gritó más fuerte que yo—. No busquemos culpables —ahora su voz era calma— veamos qué hacer.

Facundo se paró, me pidió el mapa caminero, luego consultó una brújula y su reloj de pulsera. Caminó los escasos tres pasos que nos separaban de la carretera desierta, miró hacia el sur y luego al norte, regresó al árbol, tomó su mochila y se la colgó a la espalda.

—¡Vamos! —ordenó nuestro amigo.

Ambas nos levantamos del suelo para caminar tras los pasos firmes de Facundo que enfilaban hacia el norte. Me pude dar cuenta, no porque sea muy ubicada con los puntos cardinales, sino porque la brújula que llevaba colgada al cuello marcaba la letra N en rojo. Caminamos como diez minutos en silencio, hasta que me entró la duda si Facundo sabía adónde íbamos.

—¡Facu! —dije, pero nadie contestó—. ¡Facundo!  
—repetí, un poco más fuerte.

—¿Qué querés, piba? —me preguntó, con ese tono que me encanta.

—¿Adónde vamos? —le dije.

—Al lago Enriquillo, ¿adónde más?

—¿Pero, estás seguro que es por aquí? —seguí preguntando.

—Pero claro, piba, si el colectivo iba de sur a norte —su voz sonó petulante y me dio un poco de pica, pero no me pude enojar con él, es que es tan lindo.

Como Ana estaba enojada conmigo y nuestro amigo iba súper concentrado siguiendo el camino, me estaba aburriendo un poco porque no tenía con quien hablar. Así que me empecé a imaginar nuestras figuras vistas desde el cielo: Facundo encabezando la fila con su polera blanca, sus rizos largos color canela al viento, mientras su piel de terciopelo parecía seguir atrapando más rayos de sol. A continuación seguía caminando yo, que ese día me había hecho dos trenzas junto con un pañuelo que amarré a mi cabeza (que

no las quiero desarmar nunca más porque Facu me dijo que me quedaban “divinas”). Como nos habían dicho que en el lago hacía mucho calor, contra mi propio gusto me puse uno de esos pantalones tipo safari que tienen cierre relámpago en las piernas y que puedes convertirlos en shorts, la misma polera blanca del colegio que traíamos todos y mi mochila colgada a la espalda en la que no cargaba nada útil, sólo mi diario y otras cosas inservibles, porque el bolso grande había quedado en la posada. Finalmente, Ana arrastraba los pies de malas ganas, con la boca tan estirada por el enojo que perfectamente podría haber servido de rama para un papagayo. Cuando Ana se enoja, no habla, y lo mejor es no decirle nada hasta que se le pase la idiotez. De otro modo es pelea segura, de esas que sabes cómo empezaron pero nunca cómo terminan, y a mí me carga pelear.

El camino que señalaba como carretera mi mapa rutero, más bien parecía una seguidilla de hoyos rellenos con piedras y escombros que se abría paso entre los matorrales minúsculos y la tierra arcillosa y pedregosa que tanto me recordaba esos paisajes que

veía cuando con mi familia íbamos de vacaciones de verano a La Serena, mientras miraba por la ventanilla del auto y veía como poco a poco el verde de los campos del centro de Chile se transformaba en roca y tierra a medida que avanzábamos. Todo me recordaba mi país, hasta el calor que aquí no era húmedo como en Higüey o Punta Cana, sino que muy similar a esos días de altas temperaturas en Santiago.

No sé cuánto tiempo caminamos, creo que por lo menos una hora, o quizás menos; no tengo idea porque cuando una espera algo el tiempo pasa más lento. Miraba mis pies y el color del camino que se hacía monótono, cuando de pronto, sin darme cuenta choqué con Facundo, quien se detuvo en seco. Recién en ese momento levanté la mirada.

—¿Qué onda, por qué paramos? —le pregunté y Facu nos indicó el camino que unos pocos metros más adelante se abría formando una letra Y.

—¡Diablos! —exclamó Ana—. ¿Y ahora, cuál de los dos caminos seguimos?

—¡Calma! —dije; no tenía ganas de discutir.

Me arrodillé en el suelo, saqué de mi mochila

el mapa, lo miré con detención, pero no conseguí entenderlo.

—¡Déjame verlo! —ordenó Facu y se lo entregué.

Nuestro amigo miraba el mapa cada vez más de cerca y con una cara de espanto que me ponía los pelos de punta. Esto de estar perdida no me gustaba nada.

—Este cruce no figura en ninguna parte —sentenció Facundo.

Permanecimos en silencio y, después de darnos un par de miradas de complicidad, caminamos hasta el cruce intentando encontrar alguna señalética en el camino. Pero nada.

—¿Y ahora, qué hacemos? —preguntó Ana, con voz de angustia.

Los minutos pasaban y nosotros continuábamos parados en el cruce.

—Chicas, tenemos que decidir qué hacer, pero ésta será una decisión de los tres. ¿Me entienden, verdad? —dijo Facu, con voz ceremoniosa.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Ana.

—Quiere decir que se terminaron las peleas y las

malas caras, que estamos los tres metidos en este lío y que tenemos que salir de él —explicó lentamente nuestro amigo, como si nosotras fuéramos de esas tontas que no entienden nada.

—Está bien —Ana y yo contestamos en coro.

Continuamos otro rato discutiendo sobre cuál sería el camino (se veían tan iguales), hasta que votamos por seguir el de la izquierda, y continuamos la marcha.

Al comienzo, el camino era igual al anterior, lleno de hoyos y rodeado de arbustos pequeños que salían de entre la tierra arcillosa, pero sin que nos diéramos cuenta, empezó a cambiar el paisaje. De la nada, la calzada se comenzó a abrir camino a través de una selva tupida, llena de árboles, palmeras, plátanos y otros arbustos que nunca antes había visto. El silencio, que sólo se rompía con el ruido de nuestros zapatos golpeando el suelo, de pronto se llenó de cantos de pájaros que no lográbamos divisar.

—Creo que nos equivocamos de camino —dijo Ana con la voz entrecortada, como si tuviera miedo.

—¿Por qué creés que nos equivocamos? —le



preguntó Facundo, al tiempo que se detenía y la miraba directamente a los ojos.

—Porque leí en un libro que el lago Enriquillo estaba en una zona semidesértica, y esto es cualquier cosa menos un desierto —le respondió Ana, con la cara pálida mientras a mí se me apretaba la guata, no sé si de nervios o de hambre.

Ya eran como las cinco de la tarde y, con suerte, nos quedaban unos cuarenta y cinco minutos de luz.

—Tenemos que parar. Se va hacer de noche, no hemos comido y estamos muertos de cansados —dijo Facu, que se creía el líder.

Hicimos lo que dijo, ya que en el viaje en el bus hasta Neiba nos contó que toda su vida había sido scout.

—Talvez debimos caminar hacia ese almacén en donde compramos los jugos y pedir ayuda —se me ocurrió abrir la boca.

—Y ahora se te ocurre —Ana me habló con un tono desagradable.

—¡Chicas!, ya dijimos que no seguiríamos discutiendo. No caminaremos hacia el boliche y punto:

es demasiado tarde para devolvernos, así que pasaremos la noche aquí y mañana decidiremos qué hacer —Facundo habló, determinado.

Nos quedamos al lado del camino, en un claro cubierto de pasto y hojas secas, rodeados por la espesura de la selva tropical con su color matizado de distintos verdes y el murmullo constante de las aves. Nos sentamos sobre las mochilas que habíamos dejado caer al suelo. Comimos unas galletas que tenía Ana y nos bebimos hasta la última gota del jugo que habíamos comprado hacía tantas horas, sin que nos importara que estuviera caliente; igual lo encontramos delicioso.

Ahora escribo para que no se me olvide nunca más este día. Espero que a estas alturas miss Clemencia ya se haya dado cuenta que no estamos y nos estén buscando. No nos moveremos de aquí, pues la noche cayó de golpe y, si no fuera por las linternas, estaría tan oscuro como esas cuevas que no me gustan mucho. Tengo sueño, pero no quiero dormirme, porque todos los ruidos en la noche se hacen más fuertes y estoy muerta de susto.

**Miércoles 16 de agosto**

Anoche escribí que no quería dormir porque tenía miedo: pensaba conversar con mis amigos hasta que amaneciera, tratando de no escuchar a las chicharras o grillos (no sé lo que eran), pero lo que pasó me dejó los pelos de punta y juro que hubiera preferido quedarme dormida como una momia, para no darme cuenta de nada.

Después de comer, permanecemos sentados en círculo sobre nuestras mochilas, sin que por suerte sintiéramos frío; por el contrario, el calor y la humedad eran las típicas de Dominicana. Habíamos decidido no recordar que estábamos medio perdidos quién sabe dónde y nos reíamos de cualquier tontera. La noche pasaba lenta, pero estábamos dispuestos a no seguir asustándonos por los ruidos de la selva tropical, ya que, si lo pensábamos bien, en Dominicana no hay animales peligrosos como leones o jaguares, ni esos bichos que muestran en los programas de la selva que dan en la tele. Creo que los más temibles son los cocodrilos, pero no

estábamos cerca de ningún río; si así hubiera sido, se escucharía el agua. Lo que nos daba realmente susto eran los mosquitos, pero Ana traía en su mochila como tres frascos de repelente que rociamos en todo nuestros cuerpos, así que estábamos protegidos.

Alrededor de las dos de la madrugada ya nos costaba mantenernos despiertos y hablábamos cosas sin sentido, como si estuviéramos borrachos. Salimos de nuestro sopor cuando escuchamos voces, mientras el corazón se me paralizaba de susto. Si estábamos en medio de la nada, ¿de dónde venía el ruido? Nos mantuvimos en silencio y apagamos las linternas.

—¿Escucharon? —preguntó Ana, con la voz entrecortada y apenas en un murmullo.

—Sí...i...i —contesté yo.

—Shu...u...u —susurró Facundo.

—¿Y si nos están buscando? —dijo Ana, tan bajito que apenas la escuché.

—Puede ser gente mala —dijo Facu, que tiene la misma manía de mis padres de pensar que todo el mundo puede ser gente malvada en busca de alguien para hacerle daño.



Facundo nos tomó a cada una de la mano —la sentí tan suave que hasta me dio un apretoncito en la guata —y caminamos a tropezones hasta unos matorrales en donde nos ocultamos. Escuchábamos carreras y voces que a cada instante se hacían más claras, pero sin conseguir entender lo que decían. Quise abrir la boca para decir no sé qué cosa, pero la mano de Facundo me la tapó. —¡Shuuu! —susurró y las carreras se hicieron más cercanas aún. El corazón casi se me salía del pecho y los latidos desesperados se escuchaban más fuerte que los grillos. Quedamos congelados cuando escuchamos justo al frente de nuestro escondite los jadeos de alguien que se notaba cansado. Miré hacia el suelo, con dificultad por la oscuridad de la noche, y sólo pude distinguir unos pies que emprendieron el trote casi al instante. Luego, una claridad amarillenta producida por un grupo de hombres que pasaron corriendo frente a nosotros llevando antorchas en sus manos que iluminaron el lugar.

Permanecimos ocultos toda la noche, pese a que ya no escuchábamos más que uno que otro grito de las aves nocturnas y los chirridos de los grillos.

Nadie habló, el miedo nos tenía mudos. La oscuridad reinante nos aterraba tanto que cualquier ruido de los animales que se alimentan por la noche nos ponía alerta, con los ojos muy abiertos intentando distinguir algo entre las manchas oscuras e inidentificables de la espesura.

### Jueves 17 de agosto

El sol asomó entre los árboles que formaban una maraña verde a eso de las seis y media de la mañana y, por fin, pudimos respirar aliviados. La espera se nos había hecho eterna, pues el susto que pasamos durante la noche nos hizo sentir cada segundo como si fuera una eternidad.

—Ya, chicas, ahora tenemos que regresar al camino y seguir adelante —Facu recobró el habla junto con los primeros rayos de sol, que comenzaron a iluminar la espesa vegetación de nuestro escondite.

—¿Vamos a seguir el mismo camino? —preguntó Ana, al tiempo que sacaba su celular de la mochila para ver si tenía señal. Pero el aparato continuaba muerto.

—No, es mejor regresar hasta el cruce y devolvernos por el camino hasta ese boliche donde compramos los jugos, y pedir ayuda —dictaminó Facundo, aunque la idea había sido mía.

Cargamos nuestras mochilas y salimos de entre los matorrales que nos habían servido de refugio. Miré la alfombra de pasto y hojas secas debajo de mis pies.

—¡Miren! —exclamé— todo el pasto está aplastado, como si hubiera pasado mucha gente.

Nos arrodillamos para ver más de cerca las huellas en la maleza. El pasto alborotado me hacía recordar los hombres de la noche anterior, los jadeos del prófugo y las antorchas que parecían sacadas de una de esas películas de cacerías de brujas. Los chicos seguían agachados, examinando concentrados cada centímetro del suelo. Me paré y caminé apenas unos metros, siguiendo las huellas que se internaban en la espesura de la selva. De pronto, algo rozó mi hombro izquierdo; pensé que había sido un insecto y le di un manotazo inconsciente, pero mis dedos se enredaron en una cuerda pajosa.

—¡Ahhhhhhh! —grité sin saber por qué, mientras los chicos corrían a rescatarme.

—¿Qué pasa, piba? —me preguntó Facu, con la voz agitada.

No respondí, mientras me tiraba de rodillas al suelo y me tapaba los ojos con ambas manos.

Ana se arrodilló junto a mí acariciando con ternura mi espalda al tiempo que yo me destapaba un ojo, señalando en dirección a la cosa que me había rozado el hombro. Escuché cómo las pisadas de Facundo trituraban las hojas secas y casi al instante estaba agachado junto a nosotras.

—¡Ja, ja, ja! —las risas de mi compañero retumbaron en mis oídos y abrí los ojos.

—¿Qué encuentras tan divertido? —le pregunté a Facu, un poco enojada.

—Que sos muy miedosa, piba —me contestó entre carcajadas.

Facundo sostenía en una mano una cuerda fina y desgarrada que parecía hecha de lianas, de la cual colgaba una figura de madera que me recordaba algo, pero no sabía qué.

—Esto parece un moai —dije, al recordar por qué me era familiar.

—¿Qué es eso? —preguntó Facu, pero no alcancé a responder porque Ana me interrumpió.

—Representa a un dios taino que llaman Yukiyú, el dios del bien. —Ana había tomado el colgante y lo miraba detenidamente—. Se le debe haber perdido al hombre que iba escapando anoche —sentenció.

—Chicas, está muy lindo el monito, muy entretenida la conversación, pero tenemos que encontrar a nuestros compañeros, así que sigamos en lo que nos importa.

Facundo se paró, estiró una de sus manos para ayudar a ponerme de pie y comenzó a avanzar hacia el camino sin soltarme. Ana también se levantó, guardó el colgante en uno de sus bolsillos y se puso en marcha. Cuando estuvo a mi lado, me lanzó una mirada pícaro indicando la mano que mantenía unida a la de Facu. Me dio tanta vergüenza que se la solté y comencé a caminar junto a Ana tras nuestro amigo.

Según lo que recordaba, el camino debía estar a

unos diez metros de los matorrales que nos sirvieron como refugio la noche anterior, pero por mucho que avanzábamos, no dábamos con éste y, peor aún, la selva se hacía más espesa con cada uno de nuestros pasos. De pronto, Facu se detuvo, giró hacia nosotras y nos dio una mirada de preocupación.

—Estamos perdidos —dijo, mientras yo me tapaba los oídos para no seguir escuchando.

Nos devolvimos siguiendo la huella que habíamos dejado, hasta encontrarnos con los arbustos que nos protegieron antes, para seguir caminando en el sentido contrario. Esta vez fui quebrando ramitas de los matorrales para marcar el camino, como lo vi en *Sobreviví*, uno de esos programas que dan en el Discovery Channel y que no me pierdo, porque me encantan. Anduvimos un buen rato en silencio, pero nada de la carretera ni luces. Nuevamente nos devolvimos hasta los mismos matorrales anteriores.

No sé cuánto rato caminamos en todos los sentidos posibles, sin poder encontrar la dichosa carretera, hasta que por fin nos detuvimos. Nos miramos a las caras y, como si hubiéramos hecho

un acuerdo mental, nos sentamos en el suelo agotados de tanto caminar.

—Tengo hambre —dijo Ana.

—Y pensar que en el hotel donde vivo hay tanta comida —dije en forma automática, imaginando los comedores llenos de turistas del Grand Palace Bavaro Beach.

Vaciamos nuestras mochilas en el suelo, intentando encontrar por lo menos un chicle que calmara nuestras tripas, pero nada. Quedé mirando los árboles que nos rodeaban: muchos de ellos tenían frutos, pero no sabía si se podían comer. De pronto, mi mirada se enfocó en una palmera.

—¡Allí hay cocos! —dije triunfante, indicando con un dedo la interminable palmera que emergía tras nosotros.

—Sí, piba, pero, ¿cómo los sacamos? —Facundo estaba completamente desagradable, pero pese a ello, cada vez que hablaba me daba cosquillas en la guata.

Sin decir palabra, me levanté y corrí hasta la palmera. Por suerte ésta no era muy gruesa y pude treparla.

Mi mamá dice que parezco mono, porque desde chica me ha gustado subir a los árboles, colgarme de las barras de los juegos en las plazas y además soy seca para el palo encebado, un juego típico chileno. Recuerdo cuando tenía como siete años, que para Fiestas Patrias fuimos a una feria costumbrista en la que había un palo encebado. Hice la fila para intentar subirlo, siendo la más chica del grupo, mientras todos murmuraban que no iba a durar ni medio segundo. Me dio tanta pica que hice todo el esfuerzo del mundo y lo subí hecha una bala. Cuando bajé, hasta me aplaudieron porque fui la única que logró hacerlo.

Llegué muerta de cansancio a la copa de la palmera, mientras los chicos me miraban desde el suelo con la boca abierta. Me afirmaba con las piernas y un brazo a horcajadas contra el tronco del árbol, y con el otro brazo tironeaba un coco con todas mis fuerzas. Pero, por más que lo intenté, éste no se soltaba por nada del mundo. Vencida y avergonzada, descendí de la palmera.

—Si tuviera un machete de esos que usan los jardineros del hotel... —le dije a los chicos en

tono de disculpa, mientras recordaba a Elías, un trabajador del *resort* encargado de descocar las palmeras para que los frutos no les cayeran en las cabezas a los turistas.

—Mirá que tenés suerte, piba —dijo Facu, al tiempo que abriendo su mochila se ponía a escarbar como loco. De entre todo el cachureo sacó un cortaplumas de esos suizos rojos con una cruz plateada en uno de sus extremos, que viene con todo lo que una se pudiera imaginar, incluso hasta con un tenedor—. ¿Te sirve esto?

Tomé triunfante el cortaplumas y corrí nuevamente hasta la palmera, aunque esta vez la subí a duras penas porque estaba completamente agotada. Al llegar a la copa abrí la hoja filosa de la herramienta y, con esfuerzo, corté el tallo que unía el coco al árbol. Seguí concentrada en mi tarea, hasta hacer caer cada uno de los frutos maduros. Cuando terminé, me di cuenta que desde la altura podía ver la selva: nunca en mi vida había visto tanto verde. Hacia donde mirara sólo se podía distinguir un manto espeso de hojas de todo tipo: ni un camino, ni un claro, nada, sólo la

frondosidad de la naturaleza. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo: nadie nos encontraría en donde estábamos. Mirando a los chicos desde la altura, vi que Ana sacaba su cámara fotográfica y disparaba en mi dirección. Sonreí de malas ganas, porque no era el mejor momento para fotos, pero ella se empeñaba en retratarnos cada vez que podía. Tiene una manía incontrolable de guardar recuerdos, incluso de esas cosas que casi siempre quiero olvidar.

No quise arruinarles la comida a los chicos con mi descubrimiento, así que después de bajar de la palmera le pasé el cortaplumas a Facu para que nos demostrara sus dotes de scout y preparara la comida. Estas frutas son súper buenas en casos de hambre y sed desesperada, pues en su interior tienen un líquido parecido al agua, pero de un sabor entre amargo y dulzón. Después de tomar el jugo, se puede partir y pelar muy bien hasta que quede una capa de color café, como la cubierta de las almendras, aunque más oscura por un lado y, por el otro, sacar su pulpa blanca y dura de un sabor delicioso que, con hambre, resulta ser la comida más rica de todo el planeta.

Cuando nos hartamos de comer, le di a mis amigos la mala noticia.

—¿Cómo que no hay camino? —me preguntó Ana, con los ojos tan abiertos que parecía que se le saldrían de la cara.

—No puede ser, Ema, no hemos caminado tanto como para que la carretera no se vea —dijo Facu.

—Chicos, de verdad, no se ve el camino por ningún lado; no hay camino.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ana.

—Facu, ¿sabes tú en qué dirección está el mar? —le pregunté a mi amigo, con aires de jefa de grupo.

Facundo se quedó pensando un rato, luego sacó la brújula de un bolsillo y la quedó mirando por un buen rato.

—Hacia el sureste —contestó dubitativo nuestro amigo.

—Yaaaaaaa, pero Facu ¿dónde está eso?

Nunca aprendí los puntos cardinales; en Chile los sé ubicar, porque es fácil guiarse teniendo la cordillera como punto de referencia, pero en esta



isla que se ve igual por todos lados, me resulta imposible saber en dónde estoy parada.

—Hacia allá —Facu señaló con el dedo hacia el infinito, con cara de paciencia.

—Entonces, tenemos que caminar hacia el mar —dije, determinada.

—¿Por qué? —preguntó Ana.

—Miren, chicos, yo siempre veo un programa del Discovery Channel que se llama *Sobreviví*, que trata de un tipo al que dejan abandonado en algún lugar y tiene que encontrar cómo salir de allí y llegar a la civilización. Él siempre intenta llegar al mar o a algún río, y como no vi nada que parezca un río desde la palmera, tendremos que caminar hacia el mar.

—¿Por qué caminar hacia el mar? —preguntó Facu.

—En ese programa dicen que siempre se pueden encontrar pueblos cerca de afluentes de agua, es decir lagos o ríos, o aldeas de pescadores junto al mar —respondí con aires de sabelotodo.

—Pero, Ema, ya estás hablando puras tonteras, chica, esto no es un programa de la tele, estamos

perdidos de verdad. ¿Cómo dices eso? —Ana me habló con tono de pobre niña loca.

—¿Tienes alguna idea mejor? —la miré a los ojos, desafiante.

—No —respondió.

Cada uno guardó un coco en su mochila y comenzamos a caminar entre la espesura en dirección al mar, según lo que nos indicó Facu. Aún teníamos esperanzas de encontrar la carretera pero, después de caminar alrededor de una hora con los ojos clavados en la brújula para no perdernos nuevamente, olvidamos el bendito camino y nos dedicamos a hablar cosas simpáticas para animarnos un poco.

Acabo de mirar el reloj y ya son las cuatro y cuarto de la tarde. El cansancio de la caminata nos venció, así que decidimos parar para comer cocos. Escribo en mi diario sentada sobre un árbol caído, mientras Ana y Facu pelan las frutas. Nos hemos quedado muy callados, pensativos; Ana no puede disimular su preocupación, yo tampoco puedo hacerlo. No es divertido perderse y menos imaginar la cara que tiene que tener en estos precisos



momentos miss Clemencia. Seguramente debe haber armado el tremendo escándalo al darse cuenta que no estábamos y fijo que terminaremos expulsados del colegio, si es que nos encuentran.

Cuando me acuerdo de mi papá, me entra un pánico enorme. Es que no puedo tener tan mala pata: lo que más me recomendó para dejarme ir al trabajo de campo fue que no me metiera en líos. –Te tengo en capilla –me dijo, con el ceño fruncido y en ese preciso instante me acordé del solenodonte del año anterior y de los problemas que tuvimos en Santiago las vacaciones pasadas. Parece que no puedo escapar de la mala suerte, siempre me pasa algo y lo peor es que arrastro a mis amigos en los problemas. Espero que, como estoy de cumpleaños la próxima semana, eso me ayude para que me perdonen.

A cada rato tomo mi celular para ver si ha vuelto la señal; pero nada, ni se ven las barras indicadoras y, para peor, ahora está indicando falta de carga de baterías. Creo que estamos metidos en un lugar en donde no vive nadie, de otro modo no me explico cómo en pleno siglo veintiuno podemos estar sin

comunicación. Facu y Ana también toman sus teléfonos de vez en cuando, los miran y nuevamente los guardan en sus mochilas sin decir nada; noto en sus caras la frustración de no poder pedir ayuda.

Lo bueno de tratar de salir de este lío es que no me he acordado mucho de Pancho, bueno, un poco. Me lo imagino caminando de la mano con Cecilia y ya no me da esa envidia de antes. ¿Se darán besos? Guácala, qué asco, talvez no sea tan malo, no sé, mejor no pienso más en eso. Quizás no me he acordado tanto de Pancho porque creo que me atrae un poquito Facundo, ¿o me gustará mucho? Ahhhhhh, no sé, lo único que tengo claro es que me agrada escuchar cómo suena mi nombre cuando él lo pronuncia, que me fascina como se le ve el pelo al viento y que me encantó que me tomara la mano para ayudarme.

Tengo que dejar de escribir: Facu me está pasando mi coco para que tome el jugo que trae dentro. Y creo que tenía cara de tonta, ya que me ha dado una mirada de “despierta”. De todos modos me daré cuenta cuando Ana me muestre las fotos, porque nuevamente tomó su cámara y comenzó a dispararla

como loca –para que nos queden recuerdos y nos riamos de todo esto cuando estemos en nuestras casas– dijo nuestra amiga tratando de animarnos.

Sigo cuando pueda, no quiero que se me escape ni un detalle de este enredo.

### Sábado 19 de agosto

Quería escribir antes, pero no pude.

El jueves, cuando nos detuvimos a descansar, nos dimos cuenta que ya era muy tarde para seguir caminando. En el Caribe la noche cae muy temprano para mi gusto, y en medio de la selva es peor porque a cada momento la espesura de los árboles va formando un laberinto oscuro hecho de troncos y ramas. Decidimos que ya no podíamos seguir caminando, sino que lo más adecuado sería prepararnos para pasar otra noche a la intemperie. Todo estaba bien; el árbol caído en donde nos detuvimos había dejado un pequeño claro por el que pudimos ver las primeras estrellas brillar en el cielo. Rociamos repelente en el suelo y el tronco,

para luego acomodarnos con nuestras mochilas como almohadas y quedarnos tendidos en el piso. Teníamos miedo, pero ninguno de los tres quiso reconocerlo. Nuevamente el ruido de los animales nocturnos ahogaba el silencio y la oscuridad reinante sólo era interrumpida por los débiles haces de luz de nuestras linternas.

–Chicos, el repelente sirve para los mosquitos, pero ¿qué pasa con las culebras? –No sé por qué de pronto comencé a pensar en víboras arrastrándose entre las hojas caídas de los árboles. Quería dormir un poco, pero sabía que sería imposible.

–Es verdad, aquí no hay leones, pero sí culebras –dijo Ana.

–Tenemos que hacer fuego –Facu se incorporó, sacando a relucir sus conocimientos de scout.

–Sí, así podemos espantar a los animales y a los mosquitos –dije, acordándome de ese famoso programa del Discovery que ya no quería nombrar.

Salimos en busca de ramas secas para encender fuego, sin alejarnos mucho del lugar en donde estábamos y manteniéndonos siempre juntos. De

pronto, una luz blanca y muy intensa, seguida de un estruendo monumental, nos paralizó.

—Una tormenta —predijo Ana y, como un designio fatal, una lluvia torrencial comenzó a caer sobre nosotros, dejándonos empapados en unos segundos. En el Caribe todo es exagerado: la humedad del ambiente ahoga, los insectos son de los colores más brillantes y preciosos que alguien pueda imaginar, el calor es sofocante, los truenos suenan como bombas, los relámpagos traen la claridad del día por unos pocos segundos y la lluvia es capaz de inundar todo en un instante, como si el cielo descargara el agua con un balde, del que es imposible escapar en medio de la selva.

Nos tomamos de las manos y corrimos sin saber hacia dónde. Las linternas sólo nos permitían ver apenas unos metros delante de nosotros y su luminosidad chocaba a cada instante con los troncos que más bien parecían monstruos en medio del infierno. El terreno dejó de ser plano y comenzamos a descender violentamente. El olor a tierra mojada y el ruido de nuestros pies chapoteando

en el agua eran interrumpidos por más truenos y relámpagos que, con cada destello de luz, nos mostraba las imágenes fantasmales de los árboles.

—¡No doy más! —dije, deteniéndome para tomar un poco de aire, al tiempo que abría la boca para atrapar las gotas de lluvia que tanta falta le hacían a mi garganta.

—¿Escuchan? —preguntó Ana.

—¿Escuchar qué, piba?

—Agua, escucho agua.

—Piba, está lloviendo —le dijo Facundo en un tono burlón.

—Si sé que está lloviendo, pero escucho como un río.

Nos quedamos en silencio. Cuando los truenos daban algo de tregua y el ruido de la lluvia se debilitaba por apenas unos instantes, pudimos escuchar como el torrente de agua se hacía perceptible. Todavía tomados de las manos, caminamos con cuidado entre los árboles que comenzaban a distanciarse cada vez más uno del otro, hasta que sentimos que andábamos sobre piedras y pudimos iluminar con nuestras linternas un torrente agitado.

La lluvia desapareció tan violentamente como había llegado. Agotados, nos sentamos sobre unas rocas junto al río.

—Ahora es fácil: seguimos caminando por el borde del río y así llegamos al mar —dije, triunfante.

—También podemos pescar y hacer una fogata —una nueva idea de nuestro scout.

Encontrar el río nos animó, por lo menos ya no comeríamos sólo cocos. La luna, redonda como un farol, asomó entre las nubes y nos regaló una tenue claridad que nuestros ojos agradecieron. Nos encontramos haciendo planes cuando sentimos olor a leños quemados y pudimos ver el humo elevándose en una curva que se encontraba un poco más arriba del río.

—Allí tiene que haber gente —dijo Facu.

Nos pusimos de pie y avanzamos cuidadosamente, ocultándonos entre los árboles. Nuevamente el ruido incesante de la noche nos atemorizaba y a ratos dudábamos en seguir avanzando.

—Me da miedo —dije, con vergüenza.

—Calmáte, piba, si nos escondemos ni sabrán que existimos —Facu me habló con una voz muy dulce.

Un paso, luego otro y, por fin, llegamos a la curva del río. Nos ocultamos tras el último árbol que nos podía servir de refugio y vimos atentos cómo un hombre solitario avivaba el fuego y luego sacaba algo de entre sus brasas para comerlo. No parecía muy alto, era de textura delgada y tenía el pelo muy liso hasta los hombros. Seguimos mirando por un buen rato para ver si había alguien más con él, pero nada, el hombre estaba solo. Al terminar de comer se paró.

—Qué raro el tipo —dijo Facundo, en un murmullo.

—Mírenle la ropa —les susurré a mis amigos.

El desconocido sólo tenía puesto una especie de taparrabos y un cintillo en la cabeza. Acomodó unas ramas en el suelo y se tendió sobre ellas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ana.

—No sé —respondió Facu—, le podemos hablar para que nos ayude.

—Es que hablarle de noche me da miedo —dije, mientras me agachaba para sentarme en el suelo húmedo. Ya no daba más de cansada.

—Tenemos que esperar hasta que amanezca para

acercarnos –Ana se sentó junto a mí y luego lo hizo Facundo.

Nuestra amiga se incorporó y sacó su cámara fotográfica de la mochila.

–Por suerte está buena –dijo aliviada Ana, al tiempo que comenzaba a preparar el aparato para una toma.

–¿Qué hacés, piba? –preguntó Facu, un poco molesto.

–Quiero tomarle una foto al hombre –contestó Ana, con cara de inocencia.

–Estás loca, piba, el flash nos delatará –Facundo estiró una mano y le quitó la cámara. Ella se sentó nuevamente en silencio, y creo que hasta con un poco de vergüenza por tener una idea tan mala.

Acordamos permanecer despiertos toda la noche para vigilar al desconocido, pero el cansancio de la caminata, y el hambre que nos atontaba, fueron más fuertes y no nos dimos cuenta cómo nos dormimos tras el árbol, acurrucados cual camada de cachorros.

El canto molesto de un papagayo, que más bien me resultaba una tortura, me despertó. No quise

abrir los ojos porque me daba el sol de lleno en la cara y, pese a tener los párpados cerrados, podía distinguir la claridad. Me quedé así, escuchando el ruido del agua luchando por avanzar en el río, los cantos de los pájaros y mis tripas que protestaban de hambre. No supe cuánto rato pasó, no creo que mucho, cuando un grito desesperado proveniente de la garganta de Ana me obligó a reaccionar. Al abrir los ojos me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo, mi guata se rebeló y sentí como me salía el pipí sin que lo pudiera controlar. Nuestra amiga estaba frente a mí con la cara pálida y la mirada exaltada, mientras el desconocido que habíamos espiado la noche anterior la inmovilizaba, abrazándola con un brazo moreno y musculoso mientras en la otra mano sostenía una lanza que terminaba con el filo contra la cara de Ana. Facundo estaba junto a mí, con la respiración agitada y sin poder moverse del susto.

El hombre dijo algo en un idioma que no pudimos entender. Su cara morena dejaba escapar gotas de sudor, el ceño fruncido lo hacía ver muy enojado o quizás nervioso, en ese momento no lo pude determinar. El

hombre nos volvió a hablar, y esta vez fueron gritos molestos en el mismo idioma desconocido.

—¡No le entiendo! —dije, mientras me caían unas lágrimas

—¿Quién os mandó? —el hombre nos habló ahora en castellano.

—Nadie, no nos mandó nadie... snif... estamos perdidos —respondí entre sollozos—. Señor, por favor, no le haga daño a Ana, ella es buena —y seguí llorando como una Magdalena.

—¿Quiénes sois? —nos siguió interrogando el desconocido.

—Yo soy Facundo, ella es Ema, y la chica se llama Ana. Salimos de excursión con el colegio y nos perdimos del grupo. Señor, se lo ruego, déjenos ir.

Facundo se puso de rodillas con las manos levantadas en apenas un movimiento. El hombre dejó de apuntar a Ana con la lanza y ahora amenazaba a Facu.

—¡Quieto! —ordenó el desconocido.

—¿Qué tenemos que hacer para que nos crea? —le pregunté, mientras seguía llorando.

El hombre no contestó. Se afirmó la lanza contra el

cuerpo de tal modo que con un simple movimiento con la rodilla podía enterrarla en la espalda de Ana mientras le ataba sus muñecas con una cuerda. Luego hizo lo mismo con nosotros. Después de inmovilizar-nos, tomó nuestras mochilas, las cargó al hombro y nos obligó a caminar delante de él hasta donde estaba la fogata que habíamos descubierto la noche anterior.

—¡Al suelo! —ordenó, y los tres nos sentamos junto a la hoguera.

Los segundos pasaban lentamente, como si el tiempo se hubiera detenido en aquel paraje de árboles tupidos, que conducían hacia el infinito de la selva aterradora con sus ruidos extraños. El agua cristalina del río formaba crestas al chocar contra las rocas y nosotros impávidos sólo observábamos cómo el hombre vaciaba nuestras mochilas y escarbaba entre nuestras pertenencias, mirando cada una de ellas con detención, extrañado.

—¿Qué es esto? —preguntó con cara rara.

—Una cámara fotográfica —Ana habló por primera vez desde que la atraparon.

—¿Para qué os sirve?

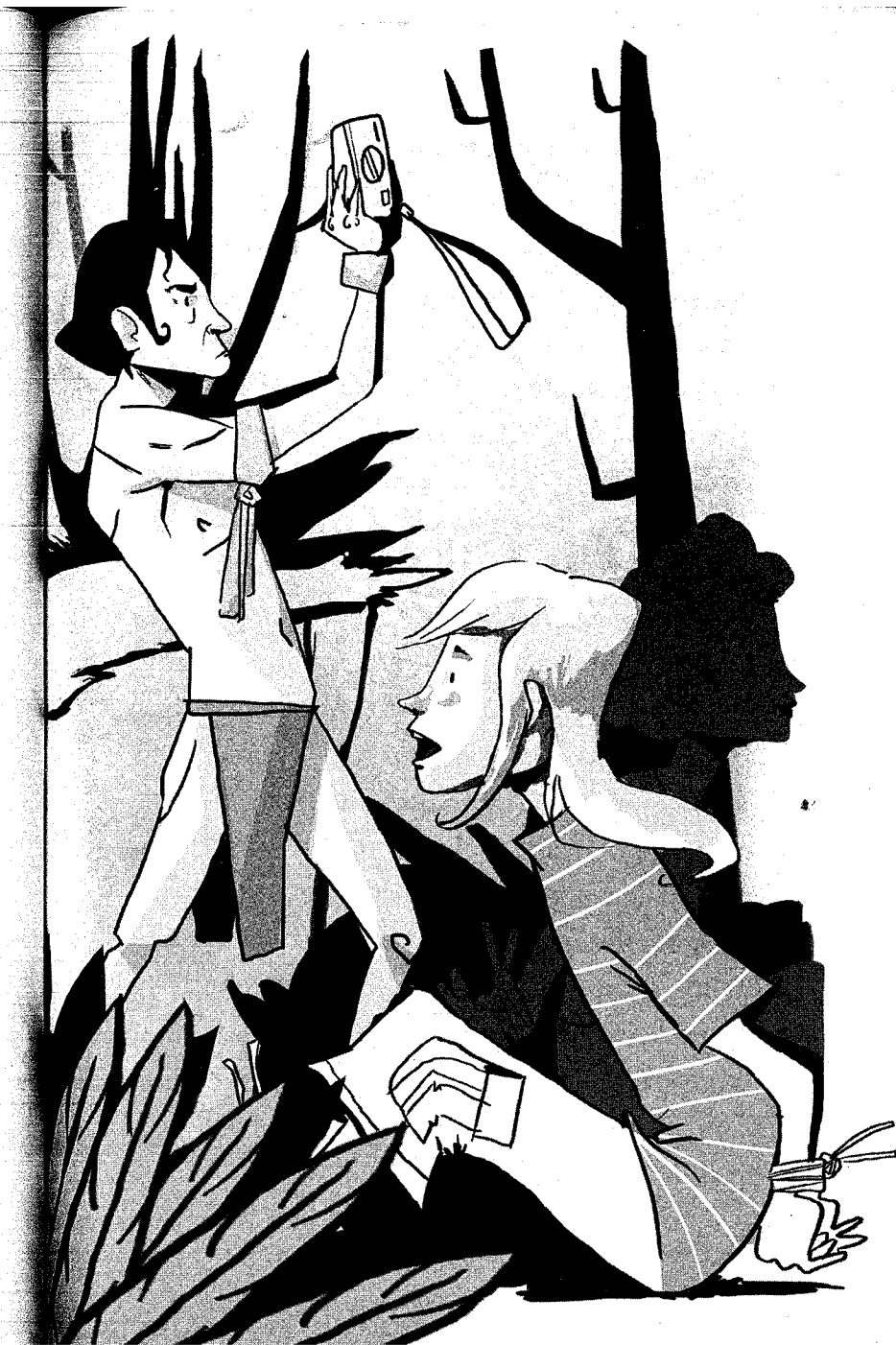
—Para guardar imágenes —dijo Facu.

—¿Imágenes?

Los tres nos miramos desconcertados. ¿Cómo alguien puede ignorar qué es una cámara fotográfica? El hombre perdió interés en el aparato y lo dejó a un lado. Luego tomó mi diario y yo le rogué a Dios que no lo leyera, pero mis súplicas al cielo no sirvieron de nada, porque el hombre comenzó a hojearlo. Nuevamente se acercó a nosotros y ató nuestros pies juntos con una sola cuerda, de modo que ni siquiera pudiéramos ponernos en pie. Tomó nuevamente mi diario y se alejó con él hasta quedar junto al río. Pasó un largo rato en el que ni siquiera abrimos la boca: el miedo nos tenía mudos.

Cuando el desconocido terminó de leer mis secretos, caminó hasta nosotros y dejó cuidadosamente el diario junto a mí, para luego internarse en la selva. Al cabo de un rato volvió con una enorme hoja, de algún arbusto extraño, llena de frutas.

—¿Tenéis hambre? —preguntó, al tiempo que sacaba de la pretina de su taparrabos un extraño cuchillo, con el que cortó nuestras ataduras.



–Gracias –le dije, sin saber por qué.

–A vosotros no os mandó Valenzuela –expresó el hombre como una sentencia, mientras repartía el alimento.

–¿Quién es Valenzuela? –pregunté sin pensar, pero nadie me contestó.

Comimos en silencio mientras el hombre nos miraba como si fuéramos bichos raros.

–Mi nombre es Guarocuya –escuchamos la voz ronca de nuestro apresador, al tiempo que inclinaba la cabeza en un gesto de saludo.

–¿Venís de Higüey? –los tres asentimos con nuestras cabezas.

–No os haré daño, podéis quedaros tranquilos, no tengo el corazón malvado de Valenzuela. –Y mirando fijamente a Ana dijo–: Vos sois negra como la noche, ¿a qué hacendado pertenecéis?

–A ninguno, yo vivo con mi madre –contestó Ana, titubeante.

–Y vosotros, ¿sois castellanos?

–No –respondí–, soy de Chile.

–¿Chile?

–Sí, mi papá esta trabajando en la isla y nos tuvimos que venir con él.

–Y vuestras tierras, ¿dónde están?

–Lejos, muy lejos, señor, casi al fin del mundo

–El hombre me miró como si yo estuviera loca.

–¿Y vos? –miró a Facundo.

–Yo soy argentino –respondió nuestro amigo.

–¿Dónde queda ese poblado?

–Al lado de Chile, señor –Facundo se puso rojo.

–Ah, ya sé, al fin del mundo –dijo el hombre, con tono de paciencia.

Después de tratar de explicarle a Guarocuya nuestra procedencia, ordenamos nuestras cosas, apagamos la fogata y ocultamos todos los vestigios que pudieran delatar que estuvimos en ese lugar para que Valenzuela no nos encontrara, según lo que dijo el hombre. No quisimos preguntar más, sólo seguimos sus órdenes.

Mientras Guarocuya se internaba en la espesura para borrar nuestras huellas, nosotros discutimos largo rato qué sería mejor: si seguir solos buscando un pueblo, o pedirle al extraño hombre que nos ayudara. No sabíamos qué hacer.



—Es peligroso seguir solos —dije.

—También es peligroso quedarse con este tipo, ¿no viste lo raro que es? —Facundo quería que continuáramos solos.

—Chicos, yo opino lo mismo que Ema. El hombre es raro con todo y ese atuendo que trae puesto, pero si nos hubiera querido matar, no le hubiera costado nada hacerlo. Yo creo que estaba asustado y por eso nos amarró —argumentó Ana.

—¿Y se dieron cuenta cómo habla? —insistió Facundo.

—¿Y tú no te has dado cuenta cómo hablas? También sueñas raro —contesté.

—¿Y la lanza? ¿Te parece muy normal andar con eso por la vida?

—Chicos, él es un indígena, ¿me entienden, verdad? No quedan muchos como ese hombre; no es malo, estoy segura —dijo Ana.

—Ustedes decidan, pero después no se quejen —Facundo dio por terminada la discusión.

El hombre llegó al rato, cargando un atado de cuero.

—Guarocuya, ¿nos puede llevar con usted? —le pregunté, cuando se acercó para despedirse.

—Por favor, señor, no sabemos dónde ir, y si seguimos caminando en la selva...—Ana no pudo continuar, porque el hombre la interrumpió.

—Os puede encontrar Valenzuela —dijo, resignado—. Debéis seguir mis pasos.

Guarocuya comenzó a caminar hacia la selva y nosotros lo seguimos en silencio.

La caminata se hacía interminable. Subimos un cerro no muy alto, pero el avance era dificultoso, pues nos debíamos abrir paso entre la espesura que parecía no dar respiro. En más de una ocasión di un grito de terror al encontrarme de frente con alguna culebra o una iguana, que Guarocuya espantaba entre risas. Lo que me aterraba era tener la seguridad de que la selva bulle de vida, llena de arañas, hormigas, mosquitos, escarabajos y bichos de todos los tipos que una pueda imaginar. La verdad es que me asustan mucho, porque los encuentro como diminutos monstruos capaces de ocultarse entre las ramas y hojas para caer sobre el pobre desafortunado en el

momento más inesperado. Caminaba atenta a todos los ruidos, a los movimientos de las ramas que se empinaban ocultando el cielo y la claridad, porque avanzar entre la selva es estar en una permanente sombra plagada de obstáculos, donde la luz del sol penetra a duras penas.

Nunca más pudimos saber qué hora era, puesto que nuestros relojes se estropearon con el chaparrón de la noche anterior y, en medio de la vegetación, parecía no avanzar el día. El indio era fuerte, lo notábamos porque no se cansaba, a diferencia nuestra que ya arrastrábamos los pies. Incluso Facundo, que intentaba mostrarse valiente y entusiasta, de cuando en cuando se detenía, apoyaba sus manos en las rodillas y tomaba todo el aire que sus pulmones le permitían. Mientras tanto, yo seguía siempre atenta a todos los ruidos de los animales, que ya me empezaban a resultar familiares.

Tengo que reconocer que cuando llegué a Dominicana, me encantó el país. Pero sólo había visto sus playas, nunca antes había caminado en medio de la selva aunque de lejos, desde la van que conduce

Ramón, me parecía atractiva. Al estar metida en medio de ella me asustó en un comienzo, pensando en los bichos y las culebras, pero ahora la veía distinta: era como un supermercado en donde se podía encontrar de todo. Árboles generosos que regalan sus frutas dulces, los cocoteros calman la sed y el hambre y los animales que se escondían al vernos pasar me parecían hermosos, todo me fascinaba (mientras no se me apareciera una araña). El cansancio ya no me importaba, el verde dejó de asustarme y me sentía como una amazona aventurera en busca de su destino.

Cuando llegamos a un claro, Guarocuya se detuvo. Dejó su atado de cuero en el suelo y nosotros lo imitamos.

—Aquí pasaremos la noche —dijo, con seguridad.

Nos dejó en el claro mientras recolectaba ramas para hacer una fogata, la que encendió con gran habilidad sin fósforos, sólo con un palo y dos ramitas. Los tres quedamos a cargo de vigilar el fuego mientras él fue por comida. Al volver traía frutas y unas cosas raras envueltas en una hoja, las que puso en medio de la hoguera sin sacarlas de su

envoltura. Luego repartió la comida. Cuando vi esas cosas gordas como del tamaño de un haba con ojos y patas casi me morí: eran larvas de insectos. Los tres nos miramos tratando de disimular las arcadas. Cuando Guarocuya se dio cuenta, nos animó a comerlas:

—Son buenas —dijo, al tiempo que se echaba un gusano en la boca, el que al masticarlo crujía como papas fritas.

—Muy buenas para dar fuerzas —insistió Guarocuya, ofreciéndonos unos pocos gusanos tostados por el fuego que tenía en la palma de la mano. Por más que argumentó lo sabrosos que eran, no los aceptamos y sólo comimos frutas.

La noche se apoderó de la selva. El cielo estrellado era hermoso, mientras la fogata iluminaba nuestros cuerpos con su luz amarillenta.

—Guarocuya, ¿le puedo preguntar algo? —quería conocerlo más.

—Por supuesto —contestó con su voz ronca.

—¿Quién es Valenzuela?

—Mi señor —respondió.

—¿Su señor?, no entiendo.

—Vosotros sois muy extraños, vestís ropas que nunca antes vi, poseéis aparatos curiosos y decís que sois del fin del mundo. La joven negra, que debe pertenecer a algún señor, cree que no es esclava. No os comprendo.

Facundo me dio un codazo y me hizo una seña con la mano, tocándose una sien disimuladamente con el dedo, en señal de que el tipo estaba un poco loco.

—¿Usted es indio, verdad? —preguntó Ana.

—Taino hasta el último hueso que carga este cuerpo.

—¿Esto es suyo? — Ana sacó de su bolsillo el colgante que encontramos desgarrado en una rama.

—Sí, ¿dónde lo obtuvisteis?

—Lo encontré enredado en una rama —contestó nuestra amiga.

—Usted lo perdió hace dos noches, mientras iba escapando de alguien —pensé en voz alta.

—Me seguían Valenzuela y sus hombres.

—Tome —Ana le pasó el colgante.

—Quedaos con él, lo necesitáis más que yo —dijo el hombre.

El indio se levantó y caminó hasta un charco de barro que estaba a unos dos metros, cortó una hoja de un arbusto y puso sobre ésta mucho lodo. Luego regresó a sentarse junto a la hoguera y comenzó a untarse el barro en todo el cuerpo.

—Debéis echaros esto en todo el cuerpo —nos ordenó el hombre, al tiempo que estiraba los brazos para pasarnos la hoja llena de barro.

—¿Para qué? —preguntó Ana.

—Para que los mosquitos no os piquen —dijo Guarocuya, mientras seguía esparciendo el lodo en su cuerpo.

Ana nos miró con cara rara y luego abrió su mochila para sacar un frasco de repelente.

—Gracias, señor, pero tenemos esto —dijo, y comenzó a rociarse el líquido en el cuerpo y luego nos pasó el repelente para que la imitáramos.

—Como queráis —dijo el hombre, mirándonos como si fuéramos bichos raros.

Las noches caribeñas son largas, pero ésta era más bien extraña. El indio decía y hacía cosas que no

lográbamos entender: todo en él era raro, como si lo hubieran sacado de una de esas películas de época.

Guarocuya nos despertó con el desayuno: agua de coco y unas raíces que no sé de qué eran. El hombre ya no tenía barro en el cuerpo y me imagino que se lo había quitado muy temprano en algún riachuelo, porque se veía con la frescura de quien acaba de darse un baño. Después de comer, preparamos nuestras cosas y continuamos la marcha a través de la selva.

No alcanzamos a caminar mucho. De pronto, el indio nos hizo un ademán con la mano para que nos detuviéramos. Estuve a punto de preguntar por qué, pero no pude, pues escuchamos un “shuuuu”. Guarocuya se agachó y nosotros lo imitamos, en tanto que los animales de la selva comenzaron a gritar alborotados como si algo los asustara. Escuchamos un ruido de machetes cortando la espesura justo frente a nosotros, a la vez que sentíamos pisadas fuertes y voces que no lográbamos entender. El indio nos llamó con una mano y avanzamos en cuclillas hasta donde se había ocultado en el interior de un

matorral parecido a un plátano, de gigantescas hojas alargadas y de un verde intenso. Nos mantuvimos en silencio, agachados y ocultos por las hojas del árbol.

Los pasos se aproximaron aún más y quedé atónita al ver avanzar entre la selva a un grupo de cinco hombres desaseados y barbudos, no más altos que nosotros, que aún nos falta por crecer. Sus ropas nos parecieron extrañas, como sacadas de un libro de Historia. Encabezaba el grupo un hombre vestido con una camisa blanca de mangas amplias que, en vez de botones tenía unas cuerditas que se amarraban en una rosa para cerrarla y, sobre ella, una chaquetilla de cuero café sin mangas que le llegaba hasta las caderas. Vestía pantalones de color gris ceñidos a las piernas —que me recordaron esas calzas que tenemos que usar para educación física, que yo tanto odio porque las piernas se me ven como dos hilos— que se metían dentro de unas botas de cuero café muy gastadas y, coronando su cabeza, un sombrero tipo boina también de color café. Lo seguían cuatro hombres, que parecían formar un grupo de exploración, de aspecto aún más raro que el que los dirigía, ya que vestían el

mismo tipo de pantalón ceñido a las piernas, pero de un tono rojizo desgastado, botas de color negro muy sucias y camisa blanca del mismo estilo de mangas anchas. Lo más extraño, que nos dejó con la boca abierta de la impresión, era que iban equipados con armaduras de un plateado reluciente, cascos del mismo material, escudos y espadas. Guarocuya no pareció impresionado por los hombres, más bien parecía temerles, en cambio nosotros no dábamos crédito a lo que veíamos. ¿Qué hacían esos sujetos vestidos con ropas que sólo se ven en los libros de Historia, metidos en medio de la selva tropical de Dominicana?

Los hombres pasaron sin darse cuenta de que nosotros estábamos ocultos, y siguieron avanzando hasta perderse en la espesura de la selva.

Al pasar el peligro, salimos del escondite y nos quedamos sentados, dejando avanzar el tiempo hasta estar seguros de que no corríamos riesgos.

—Eran Valenzuela y sus hombres —dijo Guarocuya, como si supiera lo que nos estábamos preguntando. —¿Por qué lo buscan? —Facu le preguntó al indio.

—Aún no es tiempo —respondió y, sin más explicación, continuó la marcha con nosotros tras suyo.

El indio era extraño, lo más extraño que hemos visto en nuestras vidas, en realidad todo era raro. Se entiende que un nativo quiera andar por la selva vestido sólo con un taparrabos, después de todo el calor y la humedad instan a andar desnudo. Y si el tipo es uno de esos fanáticos de sus orígenes, puede querer ser como sus ancestros, pero, ¿y esos hombres vestidos como en la época de Cristóbal Colón?

—Yo creo que estos tipos están jugando uno de esos juegos de roles —dijo Facundo, bien bajito para que Guarocuya no lo pudiera escuchar, mientras caminábamos siguiéndolo.

—¿Por lo de la ropa? —pregunté.

—Y por lo extraños: mira que andar con lanzas, armaduras y espadas —dijo Ana.

—Propongo que le preguntemos a Guarocuya cuando nos detengamos a descansar —dije y la conversación quedó hasta ahí. No podíamos agotarnos hablando: la caminata era extenuante.

Llegamos a un poblado, que más bien parecía un



campamento, cuando ya terminaba la tarde. Apenas el indio puso un pie fuera de la penumbra de la selva, corrió a su encuentro un grupo de personas entusiasmadas, quienes lo miraban detenidamente como queriendo asegurarse que estaba completo. De en medio del grupo salió una mujer también india, con esa hermosura extraña de las personas que son distintas. Era baja, de largo pelo negro liso, y vestía una especie de túnica blanca que casi le llegaba a los tobillos. Quedó mirando a Guarocuya y luego lo abrazó con ternura. Permanecimos ocultos entre las sombras de los árboles, sin saber si seguir o quedarnos ahí para siempre. Sin aviso, Ana tomó su cámara y fotografió la escena sin que nadie se percatara.

—¡Venid! —escuchamos la voz del indio y obedecemos.

—Son amigos —dijo y se perdió entre las chozas, con la mujer tras él.

Nunca, en los casi trece años que tengo, había estado en un lugar como éste. Subimos algo así como un cerro, de esos que no se distinguen en medio de la selva, hasta llegar a una explanada

similar a los descansos de las escaleras, pero de un tamaño considerable, mientras la espesura se diluía imitando un muro verde. El poblado estaba formado por un grupo de casuchas redondas de ramas, con techos altos parecidos a los de totora, aunque creo que estaban hechos de hojas de palmeras. Había varias chozas similares y una rectangular, más amplia y apartada de las demás, en la que entró Guarocuya con la mujer.

Los habitantes de la aldea nos quedaron mirando con sorpresa, aunque guardando distancia. Era un grupo de unas cincuenta personas, entre indios y negros. Nos escrutaban con recelo, y sólo una chica nativa de unos veinte años se atrevió a acercarse a nosotros, y nos habló en su idioma indescifrable; pero al darse cuenta que no respondíamos continuó en español.

—Mi nombre es Tiba. Venid —la mujer tenía una voz dulce, casi como el canto de un pájaro.

Seguimos a la chica hasta una de las chozas. El interior de ésta se hallaba casi completamente oscuro, con muy pocas cosas, sólo unas hamacas colgando y algunos utensilios como fuentes y vasijas que parecían

de greda, pero de un color más claro, que no supe para qué servirían. Descansamos un rato sobre unos asientos y luego salimos para acercarnos a un fogón en donde se preparaban alimentos. La gente estaba animada, hablaban en su lengua incomprensible, se daban manotazos afectuosos y de cuando en cuando nos miraban murmurando y ofreciéndonos trozos de carne y frutas. Había dos niños de unos cinco años, que me recordaron a mi hermano porque parece que esto de ser desordenado y molesto no tiene nada que ver con la raza o la cultura: los chicos corrían de un lado a otro, nos tiraban el pelo y nos daban patadas, para después reírse como locos y salir arrancando. Esa noche no volvimos a ver a Guarocuya: se había perdido para siempre en la choza principal con la mujer que lo acompañaba.

Calculábamos que era como medianoche cuando Tiba nos condujo a una choza y nos señaló unas hamacas.

—Dormiréis aquí —dijo—; ésta es mi casa, pero mi familia y yo nos quedaremos con mi madre para que vosotros estéis tranquilos.

—Tiba, ¿podemos conversar un momento contigo? —necesitaba respuestas.

—Si vosotros queréis... —nos dijo con una sonrisa que dejaba ver unos lindos dientes.

—¿Por qué esos hombres tan raros persiguen a Guarocuya? —pregunté.

—¿Te referís a Valenzuela y sus hombres?

—Sí, a ellos —dijo Ana, al tiempo que los tres nos sentábamos en el centro de la choza.

La mujer nos observó un rato. Se encontraba casi fuera de la cabaña, y se notaba dudosa de respondernos. Miró hacia el exterior, donde el resto de la gente seguía animada, incluso cantando y danzando un baile extraño.

—Guarocuya dice que vosotros sois buenos y me pidió que os atendiera.

—¿Entonces te podemos hacer preguntas? —insistió Facundo.

La mujer cruzó el umbral, caminó los escasos cinco pasos que la separaban de nosotros y se sentó en el suelo.

—La historia es larga, sólo os pido que no me interrumpáis —los tres afirmamos con la cabeza—.



Guarocuya ha tenido una vida difícil, no muy distinta a la de todos nosotros. Siendo muy niño fue arrebatado de los brazos de su madre por Fray Bartolomé, que no era un mal hombre sino que sólo pecaba de creer que un niño taino podía estar mejor con los castellanos. Lo entregó en una villa en Santo Domingo para que fuera educado en un monasterio, y por ello es que sabe leer y escribir. Durante mucho tiempo vivió ignorando las atrocidades que los señores castellanos cometen en contra de los hombres y mujeres de nuestra raza, porque en aquel tiempo pertenecía al señor Francisco de Valenzuela, hombre temeroso de Dios que no cometía excesos con los indios que se le habían asignado en encomienda. Había otorgado especiales privilegios a Guarocuya por ser el cacique de los indios que le pertenecían, permitiéndole incluso casarse con Mencía, que también era cacica. Pero todo cambió con la muerte de su señor, al heredar la hacienda su hijo Andrés Valenzuela, un hombre malvado, sin moral ni temor al castigo divino. A partir de ese momento, Guarocuya comenzó a darse cuenta de las brutalidades que los

castellanos cometían en contra de los indios que les habían sido encomendados para ser evangelizados, y de los esclavos negros que han venido llegando a la Quisqueya como animales apiñados en los barcos para hacerlos trabajar sin descanso en las plantaciones, en reemplazo de nuestros hermanos nativos, que en su gran mayoría han muerto por el exceso de trabajo y los malos tratos propinados por los forasteros.

“Valenzuela es tan malvado, que incluso intentó deshonorar a Mencía, esposa legítima de Guarocuya bajo los sacramentos del Dios castellano. Nuestro cacique intentó razonar con su señor, pero sólo recibió azotes por respuesta. Guarocuya, que aún confiaba en la justicia castellana y en la bondad de sus hombres, acudió ante el gobernador, sólo para ser insultado y encarcelado durante tres días. Al no recibir una respuesta que lo calmara, acudió a la Real Audiencia en Santo Domingo para quejarse, donde lo escucharon y enviaron una carta en su favor dirigida al gobernador, quien no le prestó importancia y hasta se burló de él.”

“Guarocuya se dio cuenta entonces que no pertenecía a la casta castellana, por mucho que

hubiera crecido y sido educado en ella, y comenzó a organizar a su pueblo indígena y a los esclavos negros ultrajados por los castellanos. Por mucho tiempo estuvimos acumulando pertrechos sin que los señores se percataran de ello, hasta que una noche nos levantamos en lucha contra nuestros opresores y henos aquí, batallando por nuestras vidas, nuestros derechos y nuestra libertad contra esos señores, que desde que llegaron a la Quisqueya a bordo de esos barcos monstruosos, se creen dueños de nuestras tierras ancestrales, de nuestros hijos, de mujeres y hombres que han masacrado al punto de quedar muy pocos de nosotros”.

Tiba no pudo seguir con su relato: su voz se quebró, le tiritaba la mandíbula, los ojos se le empañaron y le comenzaron a brotar lágrimas incontenibles.

Ana, que siempre sabe qué hacer, se acercó a la mujer y la abrazó.

—Tiba, lo que nos contás es terrible, pero no entiendo. Hace muchos años que no existe la esclavitud, entonces ¿de qué nos hablás? —le preguntó Facundo, con cara confusa.

—Que vosotros seáis blancos y castellanos es una ventaja con la que habéis nacido —dijo, lanzándonos una mirada de reproche—, pero su merced sabe de lo que hablo —ahora miraba a Ana.

Tiba se paró y caminó hacia la puerta.

—Tiba, ¿cuánto tiempo hace que llegaron esos hombres? —Tenía una idea extraña dando vuelta en mi cabeza, y su respuesta me la podía aclarar.

—Mi madre era pequeña cuando sus mortíferos barcos desembarcaron por primera vez el horror en nuestras tierras, para dar paso a nuestra desgracia.

La mujer dejó la choza cuando sus palabras aún hacían eco en nuestras cabezas. Ninguno de los tres pudo hablar: estábamos entregados a nuestros pensamientos, intentando entender lo que estaba ocurriendo. Ana se levantó del suelo y se acomodó en una hamaca; Facu y yo la imitamos.

—¿Qué significa Quisqueya? —Facu miró a Ana.

—Es el nombre que los tainos dan a la isla —respondió nuestra amiga.

—Ah, entonces cuando Tiba habla de las personas que llegaron en los barcos a la Quisqueya, se

refiere a que llegaron a La Española —dije con aires de saber mucho del tema.

—Claro, después a esta isla le pusieron La Española, pero aún la gente más anciana la llama Quisqueya. —Ana seguía respondiendo a nuestras dudas.

—Estoy durmiendo, eso es seguro —dijo Facu.

—Y esto es un sueño, claro, estoy soñando —dijo Ana.

—Talvez ni siquiera he salido de casa rumbo al lago Enriquillo —continué con la teoría.

—Claro que tiene que ser un sueño, mirá que hablar de cuando llegaron los barcos a la Quisqueya, como si eso hubiera sido una invasión que ocurrió hace un par de años. —Facundo seguía intentando convencerse de que estaba soñando.

Me dormí casi al instante, más que nada en un intento por despertar en casa o en la posada en que nos hospedábamos con el curso en Neiba.

Me desperté en medio de la noche, escuchando los ruidos de los animales nocturnos, que parecen animarse con la oscuridad más absoluta. Permanecía acurrucada, recordando lo que pa-

recía un sueño, cuando me percaté que estaba en una hamaca. Intenté bajarme para buscar mi linterna, pero me di un porrazo contra el piso de tierra que hizo retumbar el lugar. A toqueteos di con mi mochila, que abrí desesperada y escarbé en ella hasta encontrar la linterna. Al encenderla, el rayo de luz iluminó las paredes de paja de la choza. No pude controlarme y me puse a llorar; quería ver a mi mamá, a mi papá y hasta a mi hermano Nico, pero sólo vi a Facundo y a Ana que dormían profundamente en sus hamacas. Me limpié las lágrimas, saqué mi diario, afirmé la linterna con un brazo y me puse a escribir todo lo que nos estaba pasando.

### Lunes 21 de agosto

Falta un día para mi cumpleaños y ni siquiera sabemos dónde estamos.

La última vez que escribí fue en la madrugada del domingo y lo hice porque desperté en medio de la noche para no poder conciliar más el sueño. Después

de cerrar el diario y guardarlo en mi mochila, me subí nuevamente a la hamaca y me quedé esperando que amaneciera. No pasó mucho tiempo porque, como estaba escribiendo, las horas se me hicieron cortas.

A la mañana siguiente, Ana fue la primera en despertar.

—No era un sueño —dijo entre dientes, mientras examinaba con la mirada el lugar.

—Yo también esperaba estar soñando —le dije.

Nuestras voces despertaron a Facu quien, como yo, se cayó de la hamaca al intentar bajarse.

—¿Tú también pensabas que todo era un sueño? —Ana miró a Facundo, con cara de pregunta.

—Sí, piba, pero ya veo que no lo es. —Facu caminó hasta la puerta, y asomó su cabeza. Luego regresó y se sentó en el suelo, restregándose los ojos en un intento de ver mejor.

—Chicos, todo esto es muy raro —dijo Ana, mientras se acomodaba junto a Facu.

—¿Creen que hayamos retrocedido en el tiempo? —No quería decir eso, sonaba a loca de remate, pero después de pensar durante la noche en todo lo que

habíamos visto y sobre lo que Tiba nos contó, no encontraba otra explicación.

—Vos estás mal de la cabeza, piba, eso sólo pasa en las películas —dijo Facu, con aires de que todo lo sabe.

—Si me crees loca, explícame qué está pasando.

—Sabía que no tenía que decir eso, pero ya era demasiado tarde y las palabras de Facu me molestaron mucho.

—Y cómo querés que te lo explique, si no entiendo nada. —Facundo tenía la habilidad de hacerme sentir ridícula.

—Chicos, yo también he estado pensando en que pudimos retroceder en el tiempo —Ana reafirmó mi teoría.

—Otra más pensando tonteras —dijo Facu un poco molesto.

—¡Facu, tú no eres dueño de la verdad! —le grité enojada.

—Calma, chicas, no podemos dedicarnos a pelear, sino que tenemos que investigar lo que ocurre. —Ana apoyó una de sus manos en el mentón, pensativa,

mientras Facundo movía la cabeza de lado a lado y murmuraba algo entre dientes.

—Tiba dijo que los españoles llegaron cuando su madre era una niña... y yo calculo que ella puede tener unos dieciocho o veinte años —intenté sacar la cuenta, pero no me resultó.

—Pensemos que la madre de Tiba tenía cinco años cuando llegaron los castellanos, con todo y Cristóbal Colón —Ana comenzó a hacer los cálculos.

—¡No hablé pavadas, piba! —la interrumpió Facu, sin poder controlar su enojo.

—¡Déjame terminar! Pensemos que tuvo a Tiba cuando tenía veinte años y que ella ahora tiene dieciocho —continuó nuestra amiga.

—Eso quiere decir que han pasado treinta y tres años desde que llegaron los castellanos. ¿En qué año llegaron?, es que no me acuerdo —dije, con la cara roja de vergüenza.

—Pero si los que llegaron con Cristóbal Colón fueron los españoles —discutió Facundo.

—Pero Facu, ¿acaso a ti nunca te hicieron Historia en el colegio? En esa época España no existía como



país, y quien colaboró con sus joyas para que Colón fuera en busca de una ruta a las Indias fue la reina Isabel de Cas-ti-lla, ¿me entiendes? –Ana le habló en tono burlón, dejando a nuestro amigo en ridículo.

–Ya, dejen de discutir, ¿alguno de los dos sabe cuándo llegó Colón a América? Es que no hay forma de que me acuerde –dije, levantando la voz.

–Creo que en mil cuatrocientos noventa y dos –respondió Facu.

–Entonces estamos como en el año mil quinientos veinticinco –dije triunfante.

–Ya, paren de hablar pavadas –insistió Facundo, pero nosotras no le hicimos caso.

–Ana, ¿te acuerdas qué pasó en esa época? –le pregunté a mi amiga.

–No chica, la Historia únicamente la estudio para la pruebas y después se me olvida –me contestó.

–Pero tú recordabas que España todavía no existía como país en esa época. –Deseaba de todo corazón que Ana se acordara de algo más.

–Pero eso lo sabe ca-si todo el mundo –respondió mi amiga mirando burlonamente a Facu.

–Tenemos que averiguar más –dije, con determinación.

–Averiguar qué, piba, si de seguro estos tipos son de esos que se ponen a jugar unas cosas raras para revivir la Historia. Lo que tenemos que hacer es llegar a Neiba. –Facundo estaba molesto, creo que más que nada por las burlas de Ana.

–Facu, escúchame sin gritar ni ponerte pesado. ¿Y si realmente retrocedimos en el tiempo? Acuérdate que vimos cómo perseguían a Guarocuya, y de los españoles o castellanos –al final son los mismos– con sus ropas raras, de esta gente hablando un idioma que no podemos entender. Y, si todavía crees que estamos locas, mira todo esto, la aldea, las hamacas. Acuérdate de la historia que nos contó Tiba y dame una explicación distinta –le dije calmadamente, para que me entendiera.

–Ema, es im-po-si-ble retroceder en el tiempo, ustedes están locas. –Dicho esto, Facundo se levantó y salió de la cabaña.

Afuera, la gente de la aldea se encontraba dedicada a sus quehaceres. Los hombres, sentados en

círculos, discutían haciendo dibujos en la tierra. Las mujeres molían unos granos dentro de unos troncos ahuecados, mientras otras pelaban frutos y los niños correteaban desnudos.

Tiba se acercó a nosotros y nos ofreció frutas, que aceptamos gustosos.

—Debo ir a pescar, ¿queréis acompañarme? —preguntó Tiba, mientras nos pasaba un coco a cada uno para que bebiéramos su jugo.

No estábamos muy convencidos de acompañar a Tiba, pero después de discutirlo decidimos que era buena idea, ya que así le podíamos sacar más información a la chica y hacer un reconocimiento del lugar. Con suerte, hasta podríamos encontrar algún pueblo.

Tiba caminaba con paso firme por entre los matorrales, árboles y plantas que formaban la densa selva tropical. Cargaba una lanza y un cuchillo, cuyos filos estaban hechos de enormes conchas. Nosotros cargábamos nuestras mochilas, lo único que nos unía a la realidad que habíamos perdido hacía como una semana. No podría decir cuántos días han pasado, porque me

parece haber quedado estancada en un tiempo que no es el mío. Caminábamos con dificultad, porque no estábamos acostumbrados a esquivar las ramas que nos tenían rasguñados brazos y piernas. Esta es una zona de pequeños cerros de un verde intenso y nos encontrábamos subiendo uno de ellos; cuando Tiba llegó a la cima se detuvo y nos esperó apenas un minuto, que fue el tiempo que demoramos en alcanzarla. Al detenernos, la chica tomó con toda su fuerza las ramas de un matorral y las apartó para dejar ver un mar infinito que se extendía ante nuestros pies. Bajamos el cerro casi corriendo, intentando no chocar con los árboles que se iban espaciando entre sí a medida que nos acercábamos al mar. La variedad de la vegetación de la selva quedó atrás y la explanada que conducía a la playa estaba salpicada de numerosas palmeras que emergían triunfantes de entre la arena blanca; algunas estaban inclinadas hasta el suelo, otras desgarradas, pero en su mayoría eran perfectas, idílicas. No sé por qué me imaginé caminando por la playa tomada de la mano de Facundo: me parecía sentir su mano apretando la mía, como

en esas postales de enamorados. No quise seguir pensando, pues ya me estaba preocupando esto de estar pendiente todo el tiempo de lo que hace Facu: si me mira o no, si me habla con ternura, o si me presta más atención que a Ana. Creo que en realidad me gusta mucho porque, pese a lo desagradable que se había portado con nosotras hacía un rato, no podía enojarme con él y seguía imaginándome imágenes de postales románticas que no podía quitarme de la cabeza porque llegaban para quedarse sin que nadie las invitara. Era algo así como una jugada sucia de mis pensamientos, que se niegan a comportarse decentemente y a obedecer a lo que yo quiero que piensen, como, por ejemplo, una solución para salir del lío en que estamos metidos.

Faltando unos pocos metros para llegar al mar, Tiba caminó hasta un grupo de palmeras caídas, donde escarbó entre unas ramas que aún estaban verdes y sacó una canoa, que no era muy grande. Corrimos para ayudarla a arrastrar el tronco ahuecado hasta el mar y, entre los cuatro, rápidamente pudimos hacerla flotar sobre las pequeñas olas del Caribe.

Facundo no quiso subir a la canoa, porque no confía en esos artefactos, así que Ana y yo acompañamos gustosas a Tiba en su trabajo. Nos internamos un poco en las aguas cristalinas, sin alejarnos mucho de la costa, mientras soplabla una brisa discreta y el mar turquesa dejaba ver sus peces de colores.

Tiba se paró sobre la canoa, lanzando a las aguas una especie de red hecha de fibras vegetales, para luego sentarse a esperar a que los peces llegaran. Desde el bote veíamos a Facundo sentado en la arena, enmarcado por la espesura de los cerros y la bahía a sus pies, que tenía la forma de una herradura, y una gran playa que se perdía en los extremos de la entrada del mar. Me parecía tan lindo.

Mientras ayudábamos a Tiba a tirar de la red para recoger la pesca, vimos cómo en uno de los extremos de la bahía se asomaba la punta de un velero. La chica quedó congelada, mirando atenta cómo avanzaba la mancha oscura.

—¡Debemos marcharnos! —ordenó, al tiempo que sacaba unos remos del interior de la canoa y comenzaba a dirigir la embarcación hacia la playa.



Facundo corrió a nuestro encuentro para ayudarnos a arrastrar la canoa sobre la arena y ocultarla en el mismo lugar en que la encontramos. Tiba sacó apresuradamente la red llena de peces de todos los tamaños y colores imaginables y los fue poniendo dentro de una cesta. Caminamos casi al trote hacia la espesura de la selva y nos ocultamos entre los árboles.

El barco se distinguía ya con claridad: era una gran estructura de madera, con enormes velas blancas extendidas por el viento. Tiba no habló, sólo miraba.

El peligro pasó al mismo tiempo que el barco se perdió en el otro extremo de la bahía. Tiba, siempre en silencio, caminó hasta la arena con la cesta llena de peces, sacó su cuchillo y comenzó a limpiarlos.

Los tres la observábamos sin saber qué hacer.

—Aprovechemos para ir a mirar qué hay al otro lado —dijo Ana, en tanto indicaba con el dedo uno de los extremos de la bahía.

—Buena idea, piba, de seguro que hay una ciudad —Facu se entusiasmó.

Le dijimos a Tiba que iríamos a caminar un poco, y ella asintió con la cabeza.

Debe haber sido como el mediodía, porque el sol daba justo sobre nuestras cabezas. Fuimos caminando sobre las arenas blancas, bordeando la orilla del mar. No sé por qué éramos incapaces de hablar; puede ser que lo extraño de la situación nos tuviera sumidos en nuestros pensamientos. De pronto, la interminable playa comenzó a hacer una curva e, instintivamente, caminamos hasta la espesura para poder ocultarnos en caso de ser necesario. Al dejar atrás la bahía descubrimos con sorpresa un poblado de lo más raro que habíamos visto en toda la vida: un pequeño puerto con unos cuantos botes, y un poco más adentro del mar dos barcos anclados; uno de ellos era el que habíamos visto cruzar la bahía. Pudimos apreciar casas, caminos polvorientos y mucho movimiento de personas, en su mayoría hombres, con ese tipo de ropa al estilo calzas con chaquetilla y sombrero. También vimos un par de mujeres con vestidos que las cubrían hasta los pies y con unas gorras tipo cofias de abuelitas. Ana se descolgó la mochila de la espalda y comenzó a escarbar en ella hasta encontrar su cámara

fotográfica, la examinó con cuidado y se puso a capturar imágenes del extraño caserío.

—Si no le saco fotos, nadie nos creerá —dijo Ana al tiempo que disparaba su cámara.

—Tenemos que mirar más de cerca —le dije a los chicos.

—Vamos —dijo Facu, y comenzó a caminar sin importarle dejar la protección de los árboles que nos ocultaban.

—¡Espera, Facu!, Ana no puede ir, nos tiene que esperar aquí —dije.

—Yo no quiero quedarme esperando —protestó Ana, mientras guardaba la cámara y se preparaba para continuar la marcha junto a nosotros.

—Pero, vamos los tres, ¿cuál es el problema, piba? —la apoyó Facu.

—Los indios creen que Ana es esclava y que nosotros somos españoles, ¿se acuerdan? Eso quiere decir que Facu y yo pasaremos sin que se den cuenta de que existimos, pero Ana no.

—Y dale con que retrocedimos en el tiempo —dijo Facu, con cara de impaciencia.



Al escuchar mis razones, Ana se sentó en el suelo para esperar nuestro regreso.

El olor a pescado descompuesto azotó nuestras narices, pero continuamos caminando en silencio para no despertar sospechas. Los hombres hablaban con acento de película española de época y discutían entre ellos examinando cajones con objetos y contando monedas que parecían ser de oro, que luego guardaban en unos saquitos de cuero. Facu me hizo una seña, mostrándome una casucha de madera medio podrida que parecía estar desocupada, hacia la que nos dirigimos y permanecemos parados disimuladamente junto a una carreta llena de barriles.

—¡Mira! —me dijo Facu, señalando hacia el mar con la mirada.

En el barco que vimos cruzar la bahía había un gran alboroto: los hombres con sus trajes raros caminaban de un lado a otro al parecer dando órdenes a gritos, que no podíamos escuchar por la distancia que nos separaba de ellos. Como si fueran hormigas, comenzó a brotar una fila de personas, todas negras, que iban embarcando en unos botes para dirigirse hacia la orilla.

En el caserío se había acumulado un número considerable de hombres esperando que llegara el primer bote con el cargamento humano. Por un instante miré a Facu, que no podía creer lo que ocurría.

—Son esclavos —me dijo en un murmullo.

Del primer bote bajaron unas veinte personas negras entre hombres y mujeres, todas encadenadas, y hasta una guagua en brazos de su madre. Los dirigían dos hombres blancos, cada uno de ellos empuñando un látigo amenazador, que ante la más mínima provocación descargaban furiosos sobre el desafortunado. Ordenaron en filas a las personas encadenadas, mientras los hombres que se habían juntado a esperar el desembarque se acercaron para examinarlos como si fuera ganado: les inspeccionaban los dientes, tocaban sus brazos para apreciar la musculatura, separaban a las personas negras que les interesaban, y luego pagaban con monedas para llevárselos.

Facu y yo nos miramos con terror.

—Son esclavos, Facu —le dije con los ojos llenos de lágrimas, sin poder creer lo que veía.

—Tenemos que irnos —dictaminó Facu.

Volvimos corriendo hasta donde nos esperaba Ana, y le fuimos contando todo lo que habíamos podido ver mientras caminábamos al encuentro de Tiba.

—Este lugar es muy extraño, tenemos que denunciarlo —dijo Facu.

—¿Denunciarlo a quién? Estamos en otro tiempo, ¿es que no te das cuenta? —le dije.

—No sigas diciendo pavadas, Ema, estos son unos delincuentes y punto —Facu me levantó la voz.

—Ya, perfecto, y están jugando a los trajes largos y a acarrear esclavos en barcos a vela —le respondí enojada. Nuestro amigo se quedó en silencio.

—¿Saben?, yo creo que de algún modo retrocedimos en el tiempo —dijo Ana.

—Ana, eso no es posible. Por favor, son chicas inteligentes, piensen con la cabeza. —Facu se detuvo mirándonos de frente.

—Sí, y antes pensaban que la tierra era plana, Facu. Todo es imposible hasta que se descubre lo contrario —le dijo Ana.

Al llegar, Tiba estaba depositando en la cesta el último pescado que había limpiado, para luego comenzar a tirar con fuerza los desperdicios hacia la playa en donde se habían reunido una gran cantidad de gaviotas que, dando gritos escandalosos, se peleaban cada trozo de las vísceras que eliminaba la india. Terminada la labor, se levantó y comenzó a caminar hacia la selva con nosotros tras ella.

—Tiba, vimos un barco que traía gente negra encadenada —le dije.

—Desde que mis hermanos nativos comenzaron a morir por los trabajos excesivos y los malos tratos, están trayendo a la Quisqueya gente negra en sus barcos para que trabajen las plantaciones, les sirvan en sus casas y extraigan oro para ellos —dijo Tiba, sin parar de caminar.

—¿Siempre has vivido en la aldea? —le pregunté.

—No, nací en la hacienda de los García, donde mi madre era sirvienta y mi padre trabajaba labrando la tierra —respondió.

—¿Y tú qué hacías? —le preguntó Ana.

—Yo era damita de compañía de doña Clara, la

señora de la hacienda. Ella era buena; me trataba como a una hija y le gustaba que me pusiera ropas de señorita castellana y que me trenzara el pelo –dijo con nostalgia.

–¿Y por qué te fuiste? –continuó preguntando Ana.

–Doña Clara murió al dar a luz su primer hijo. El señor se puso como loco, mandó a azotar a todos los sirvientes y esclavos de la hacienda. Después nos mandó a mí y a mi madre a trabajar la tierra, y por fortuna pudimos escapar.

–Tiba ¿sabes tú en qué año estamos? –pregunté.

–Su mercé, han pasado varias estaciones desde que escuché que doña Clara dijo que su hijo nacería en el año del Señor de mil quinientos veintidós.

Cuando llegamos a la aldea, Tiba se encaminó a sus labores y nosotros nos quedamos en un extremo del claro.

–Mañana estoy de cumpleaños –dije.

–Verdad, con todo esto lo había olvidado –Ana me tomó de los hombros, dándome un apretón afectuoso.

–Y, piba, ¿cuántos cumplís? –me preguntó Facu.

–Trece –respondí, y los ojos se me llenaron de lágrimas al imaginar cómo estaría de triste mi mamá al no saber nada de mí. Preferí ni pensar en papá, seguro que estaba terriblemente enojado.

–Pero no llores, piba –Facundo me abrazó con ternura.

–Quiero irme a casa, el curso regresa mañana a Higüey y nosotros no iremos con ellos.

–Chica, no se irán sin nosotros –Ana me consoló.

–Ahora sí que nos va a quedar la grande, Ana, ¿no te has puesto a pensar en eso? –la miré a los ojos.

–Amiga, lo único que quiero es saber cómo salir de ésta, pero a cada momento lo veo más difícil.

Le pedí a mis amigos que me dejaran sola; quería pensar, pero no en esto de estar atrapados no sé dónde ni en qué tiempo. Quería recordar mi casa en Chile, el hotel en Punta Cana, la sonrisa de mi madre, las maldades del Nico y hasta los retos de papá. Tenía tanta pena que incluso extrañaba a la impertinente de Antonieta, que ahora debía tener toda la habitación de la posada para disponer de ella como quisiera. Pensé en Pancho y Cecilia, y los

imaginaba mirándose como tontos en clases, o quizás preocupados al enterarse que nos habíamos perdido.

—Ema, esto es para ti —Ana regresó y me colgó al cuello el dios taino que Guarocuya le había dado—; es el Dios del bien y dicen que, al final de cuentas, todos los dioses conducen al mismo único Dios —me dio un beso en la frente y luego se fue.

Tomé con mis manos la figurita de madera y la apreté junto con la llave de la caja fuerte de mi pieza, y seguí llorando.

La tarde pasó lenta, no quise comer ni hablar con nadie. Me quedé como un tronco caído a un costado de la aldea viendo pasar a las personas, hasta que llegó la noche y Tiba me fue a buscar para que me fuera a acostar a dormir.

### Martes 22 de agosto

El día de mi cumpleaños es el que espero con más ansias en todo el año. En casa se dedican a complacerme en todas las cosas que se me puedan ocurrir: este día si quiero puedo faltar al colegio, pedir que

me lleven a almorzar a algún lugar lindo, que me dejen ver tele todo el día e incluso que me congelen los castigos. Por eso, durante la noche decidí que no lo pasaría mal, que ya no pensaría en que estábamos perdidos. Así que al despertar, me levanté de la hamaca con una sonrisa de oreja a oreja y me fui derecho a mirar afuera de la choza para escuchar los cantos de los pájaros que tanto me gustan.

Los chicos habían comentado en la aldea que hoy era mi cumpleaños. Tiba me saludó con un beso en la mejilla y me regaló un collar realmente hermoso hecho de diminutas conchitas, en tanto Guarocuya y Mencía nos invitaron a comer con ellos en su cabaña. Ésta es distinta de las demás: se yergue altiva, imponente entre las pequeñas casuchas redondas fabricadas con ramas y altos techos de hojas de palmeras. Las chozas están ubicadas en círculo, siendo la más importante la del cacique, que es mucho más grande y de forma rectangular. Tiene algo así como un recibidor en donde el jefe de la aldea se reúne con sus hombres para tomar decisiones. También está hecha de ramas y el techo está cubierto de hojas de palmeras, pero a diferencia del resto de las chozas normales, es de dos aguas,

como dice mi papá, que aquí en medio de la selva es signo de rango social. Les corresponde a Guarocuya y a Mencía, que son como el alcalde de una ciudad y su primera dama; es decir, los jefes de la aldea.

La comida que nos dieron era extraña y sólo la comí por respeto a nuestros anfitriones: nos sirvieron unas pequeñas aves asadas, algo así como pollitos, que estaban muy ricos pero que daban pena. También intentamos beber uikú, que es una bebida como un licor, que sólo pudimos probar porque apenas tomamos un sorbo nos quemó como fuego, aunque Guarocuya y su señora lo bebían sin ningún problema. Lo más rico que comí fue el casabe, parecido al pan pero hecho de yuca, que es como la papa nuestra pero con un sabor más rico, según yo. Siempre me ha encantado la yuca, y hecha pan parece comida para los dioses.

Guarocuya y Mencía tienen tres hijos pequeños: un niño de unos tres años y dos niñas, una de unos dos años y otra a la que aún llevan en brazos a todas partes. Me dijeron sus nombres, pero son tan extraños que no los recuerdo. De todos modos,

no nos quedamos con los niños, pues una chica india los tomó y se los llevó.

Los jefes de la aldea son muy agradables, tienen un tono de voz dulce, tanto que cuesta imaginárselos enojados. Mencía es poseedora de una belleza exótica: tiene el pelo negro, largo hasta la cintura y completamente liso; su rostro es de rasgos finos, nariz recta y larga, ojos achinados de color miel; es delgada, no muy alta y usa un cintillo blanco en la cabeza. Nos contó que su madre era una cacica que se llamaba Anacaona y que ni siquiera su padre, un colono castellano, pudo impedir que fuera ahorcada por orden de Ovando. Ninguno de los tres sabe quién es, y tampoco quisimos preguntar, porque cuando de su boca salió la palabra "ahorcada" se nos pararon los pelos y ya no quisimos seguir averiguando de sus orígenes por miedo a descubrir más aberraciones cometidas por los "castellanos", como les llaman ellos.

Estuvimos mucho rato hablando con nuestros anfitriones sobre la selva, el mar, los castellanos y el día funesto en que éstos llegaron. Guarocuya

nos explicó: “El pueblo taino es pacífico, siempre nos hemos respetado entre todos, a la tierra y a los dioses les agradecemos por las cosechas, la pesca y la buenaventura del pueblo. Nadie osaría adueñarse de las tierras que son de todos, pero los castellanos son distintos a nosotros. Hace un tiempo largo ya, cuando los buques castellanos asomaron desde el infinito del mar, el cacique de Marien, Guocanorix, les dio la bienvenida con la más alta de las estimas. Los recibió como amigos y puso a su disposición todo lo que necesitaran. Algunos visitantes eran buenos, pero otros tenían el alma oscura y se fueron adueñando de las tierras y de nuestro pueblo para hacerlo trabajar sin piedad ni descanso en las plantaciones de caña de azúcar que han invadido la Quisqueya, dejando estéril la tierra para otros cultivos. Nuestros hermanos también han contraído extraños males que los llevan a la muerte, pese a que hemos elevado plegarias a los dioses para que sanen.

“Los tainos no somos malos, conocemos la bondad y el perdón, pero también pedimos que se nos trate con justicia, que respeten nuestras costumbres y

que no nos arrebatan nuestras creencias ni nuestras tierras. Nuestras vidas se han transformado en la sombra de lo que fuimos antes de la llegada de los extranjeros. Los castellanos no comprenden que ningún hombre tiene el derecho a pasar por sobre otro, menos aún cuando son incentivados por ambiciones mezquinas que sólo dejan como fruto la desolación y la muerte”.

Lo escuchamos atentos, y nos dimos cuenta que Guarocuya hablaba con la sabiduría de un hombre culto que conoce de tristezas y alegrías. Ana y Facundo bajaron la mirada, quizás con vergüenza por no saber mucho de lo que el cacique nos contaba, porque los libros de Historia cuentan una parte de lo que ocurrió, relatos que escriben quienes triunfan, quedando otras verdades ocultas para siempre. Yo pensaba en Chile, en los mapuches, en la guerra de Arauco, me imaginaba a Pedro de Valdivia avanzando hacia el sur esquivando todo tipo de ataques. Pensaba en cómo se ha menospreciado a las personas diferentes, a los morenos, a los negros, a los pobres, y si realmente habíamos llegado



al pasado por algún extraño acontecimiento, que poco se han modificado las cosas desde que llegaron los españoles en comparación con nuestros días. Se siguen cometiendo abusos, distintos, pero abusos al fin y al cabo. También reflexionaba sobre las cosas que hacen felices a las personas, que al parecer no han cambiado con los tiempos. Cuando llegaron los españoles, creyeron que encontrarían la felicidad haciéndose ricos, atesorando oro o productos que les dieran dinero sin que les importara nada, ni la gente ni la tierra: todo era válido para acumular riquezas. En mis tiempos modernos, también las personas piensan que ser feliz es sinónimo de tener plata, autos o casas lindas. Tampoco son capaces de encontrar la alegría en las cosas simples, en saber que están sanos, que tienen una familia, o amigos que los quieren. Yo no quiero ser así, pero tengo temor que cuando sea grande se me olvide lo realmente importante y termine siendo como la mayoría de los adultos: buscando la felicidad en tener y no en ser.

—Guarocuya ¿si usted pensó que nosotros éramos castellanos, por qué nos está ayudando? —salí de



mi reflexión y de mi boca se escaparon las palabras sin pensar.

—Unas noches atrás, en que invoqué a los dioses para que me iluminaran con su sabiduría y me indicaran el camino que debíamos seguir con mi pueblo, me llegaron desde el cielo las imágenes de tres forasteros, uno claro como el sol, otro negro como la noche y el último con el equilibrio perfecto del atardecer. Eran extraños, tanto como los castellanos, poseedores de objetos raros y voces de otros tiempos que no son las nuestras. En un comienzo no os reconocí, pero al mirar con el corazón supe que vosotros érais los enviados.

—¿Enviados para hacer qué? —preguntó Facundo.

—No lo sé, pero cuando ocurra sabré reconocerlo —respondió el cacique.

La reunión con Guarocuya y Mencía terminó a media tarde. Nuestros estómagos estaban satisfechos, pero las cabezas confundidas.

—¿Y si es verdad que, por alguna razón en particular, hemos viajado al pasado? —pensé en voz alta.

—No sé, Ema, me cuesta creer que estemos en

el mil quinientos y tanto —Facundo me miró con dulzura.

—Si lo que dice Guarocuya es verdad y no se imaginó cosas, por fumar quizás qué tabaco raro, tenemos que averiguar cuál es nuestra misión —Ana por fin dijo algo que nos podía ser de utilidad.

—Claro, y así volver a Higüey —dije, con los ojos brillando de felicidad al imaginarme abrazada a mi mamá.

Cuando el sol comenzaba a ocultarse entre la espesura de la selva y calculamos que quedaban como dos horas de claridad, Facundo le dijo algo al oído a Ana, quien se rió con complicidad y fue en busca de Tiba. Nuestro amigo se acercó hasta donde yo estaba, sentada en un tronco, mirando la llave de la caja fuerte, el dios taino que me había regalado Ana para que me cuidara y el collar de conchitas.

—¿Me acompañás a la playa? —me preguntó, estirando una mano para ayudar a que me levantara del tronco.

—¿No será peligroso? —dije.

—Me sé el camino de memoria —y tiró de mi mano.

Bajamos la pequeña colina, con la calma de las personas a quienes les da vergüenza estar juntas, sin abrir la boca. Yo tenía la guata revuelta, no sé si por lo que había comido o por los nervios que me daba saber que estaba sola con Facu. Todo me parecía más lindo, los árboles de un verde intenso, los pájaros entonando melodías hermosas, y hasta las iguanas que se nos cruzaron no me asustaron; al contrario, tenía la sensación de que me sonreían.

Llegamos a la playa. La tarde estaba bella, el sol se reflejaba en el agua turquesa del Caribe y las palmeras daban ese toque de postal.

—¡Quiero meterme al agua! —dije y corrí hasta el mar, me quité los zapatos y me sumergí con todo y ropa entre las olas.

Facundo me miraba con cara de paciencia desde la orilla.

—¡Ven, el agua está deliciosa! —le grité. Mi amigo no se notaba muy decidido. —¡Por favor! —insistí.

Facundo miró hacia todas las direcciones, se sacó la polera y las zapatillas, para luego caminar tímidamente por la playa, como con miedo.

Nadamos un buen rato, nos tiramos agua y reímos como si estuviéramos locos. En ese momento, ninguno de los dos se acordó que estábamos perdidos, sólo disfrutábamos del sol, del mar y de la tranquilidad.

Quiero escribir algo, pero no me atrevo, porque me da susto que alguien lea el diario. Pero, tengo tantas ganas de escribirlo, así es que creo que lo haré de todos modos.

**ADVERTENCIA: SI USTED TOMÓ MI DIARIO DE PURO COPUCHENTA O COPUCHENTO QUE ES, DEBE DEJAR DE LEER EN ESTE MOMENTO. LO QUE ESCRIBIRÉ NO LE INTERESA, Y SI IGUAL LO LEE, SE ARREPENTIRÁ PARA SIEMPRE.**

Salimos del agua, caminamos unos metros y nos sentamos en la playa. Nos quedamos en silencio y los ruidos de la selva a nuestras espaldas se hacían intensos. Facundo tomó su polera y sacó algo del bolsillo que tenía en el pecho.

–Me hubiera gustado regalarte algo lindo –me dijo, mientras me entregaba un corazón tallado en un trocito de madera, sujeto por un trozo del cordón de sus zapatillas, para ser usada como pulsera.

Me puse roja; jamás en toda mi vida me habían regalado un corazón.

–Gracias, es muy lindo –le dije, avergonzada.

–Ema, quería decirte algo –se escuchaba dudoso.

–¿Qué cosa?

–Es que no sé... –Facundo se puso rojo.

–Pero dime, si yo no muerdo –estaba impaciente.

–Es que... es que vos me gustás mucho –a Facu le tiritaban las manos.

El año pasado soñaba con que Pancho me dijera que le gustaba, pero nunca lo hizo: sólo tenía ojos para Cecilia. Pese a lo mucho que intenté agradarle, siempre terminé embarrándola y no logré que me viera como chica, siempre fui su amiga y nada más. Ahora que estaba segura que Facu me atraía mucho, también me imaginaba este momento con todo y beso, pero soy una estúpida. Me puse más roja que un tomate, me paré a tropezones y caminé hacia la

selva. Estaba feliz, pero me sentía rara, como si hubiera crecido veinte años en un minuto. A medio camino me detuve, miré hacia el mar y vi a Facu a contraluz, que seguía sentado. Me devolví corriendo, me agaché junto a él y puse una de mis manos en su espalda.

–Tú también me gustas mucho –le dije.

Facundo sacó mi mano de su espalda y la besó.

–Eres linda –me dijo, susurrando.

–No es verdad, tengo los dientes chuecos y las piernas flacas –respondí.

–Y los ojos más azules que he visto en mi vida.

Me senté a su lado, me abrazó y nos quedamos mirando el mar.

–Ema, ¿quierés ser mi novia? –al escuchar sus palabras me puse a tiritar como loca.

–Bueno –le contesté.

Facu acercó su cara y me besó en los labios. Fue apenas un roce de su boca contra la mía, pero sentí su aliento, su respiración y una cosquilla en la guata que nunca antes había tenido. Después de mirarnos como imbéciles por harto rato, nos paramos y fuimos caminando de la mano hasta la aldea.

*Nota 1: este fue el mejor cumpleaños que he tenido, no quiero dormir, no quiero que pase el día, no quiero que sea un sueño... SOY FELIZ (aunque estemos perdidos)*

*Nota 2: los besos no dan asco.*

### **Miércoles 23 de agosto**

(En la mañana)

Desperté más animada que nunca en toda mi vida: esto de ser novia (o polola) de Facundo me tiene en las nubes. En la noche le conté a Ana, pero ella lo sabía todo: Facu le había contado que yo le gustaba y que me pediría que fuera su novia, pero la hizo jurar que no me diría nada y Ana cumple sus juramentos.

Anoche, antes de dormir me quedé un buen rato pensando en mamá y en esa conversación que tuvimos antes de salir hacia el lago Enriquillo, cuando le hablé de Facu, mi compañero nuevo. Ella me interrogó de todas las formas posibles para saber si estaba pololeando con él o con otro chico, recordándome que era muy niña para “pensar en

esas cosas”, por lo que creo que no le gustará nada la idea de que tenga pololo. Si supiera que Facu me besó en el día de mi cumpleaños, ¿se enojaría mucho? Mejor no pienso en eso, más bien debo idear el modo de contarle sin que se enoje, porque no me gustaría andar a escondidas con Facu.

Sólo quería escribir eso, en la tarde sigo contando lo que nos ha pasado.

(En la noche)

Como aquí no hay baños, cuando una quiere hacer sus cosas, tiene que ir a la selva y esconderse en medio de los matorrales. Estaba en eso, cuando vi a Tiba hablando con Guarocuya y Mencía, en ese idioma extraño que no entiendo. Hablaban y hablaban, mientras a cada instante Tiba iba mostrando que la consumía una gran pena, hasta terminar llorando desconsolada. Luego, Guarocuya y Mencía la dejaron sola y Tiba se quedó pensativa. Yo me acerqué.

—¿Te puedo ayudar? —le dije, sin saber si estaba molestando.

–Su mercé no puede hacer nada –me contestó.

–¿Cómo sabes? Si me cuentas lo que te pasa te podría ayudar.

–Tengo que esperar el momento del ataque –me dijo.

–¿A quién atacarán?

–A los castellanos. No queríamos hacerlo, pero debemos rescatar a mi padre.

–¿Él no está aquí? –pregunté.

–No, se quedó en la hacienda y está muy maltratado: uno de los hermanos fue a espiar a las tierras del señor García y nos ha dicho que lo tienen encerrado, que por alimento le dan azotes y que falta poco para que deje este mundo –Tiba me dejó helada.

Era verdad, no había forma de ayudar a Tiba, pero no quise decírselo, sólo me acerqué a ella y la abracé.

En la aldea había mucho movimiento, tanto las mujeres como los hombres preparaban armas de esas primitivas, arcos y flechas, hondas con unas piedras casi del tamaño de un huevo de gallina, lanzas y cuchillos.

–¿Qué hacen? –le pregunté a Guarocuya, que daba indicaciones al resto de las personas.

–Debemos rescatar a los hermanos que están sufriendo –me respondió el cacique, justo al tiempo en que Ana y Facu se acercaron a nosotros.

–¿Atacarán el poblado? –seguí preguntando.

–Niña, nosotros somos pacíficos. Antes que llegaran los castellanos los conflictos los arreglábamos hablando en el consejo de caciques; nos encomendábamos a los dioses, dábamos ofrendas y ellos siempre nos protegían de los malos espíritus que carcomen el alma débil de los hombres. Pero los blancos tienen el alma oscura de ambición, no respetan acuerdos ni menos la vida de nuestro pueblo.

–No entiendo, ¿eso quiere decir que atacarán, o no? –Facundo preguntó impaciente.

–Nos defenderemos si es necesario.

Guarocuya quedó mirando el cielo como si buscara alguna respuesta. Nosotros también alzamos la vista. En el claro de la selva se dejaba ver el azul infinito, que de cuando en cuando era cruzado por algún ave. Al mirar hacia la costa nos dimos cuenta que a la

distancia se podían distinguir nubes densas y negras de tormenta. Guarocuya cerró los ojos y dijo algo en su idioma inentendible, luego salió corriendo hacia donde estaba el resto de la gente de la aldea, les dijo una frase en su idioma y todos clavaron la mirada en el cielo e inmediatamente comenzaron a recoger trastos, los alimentos que tenían reunidos en cestas, palos y las armas que estaban preparando.

Tiba pasó junto a nosotros cargando una canasta con frutas.

—¿Qué pasa, Tiba? —le preguntó Facundo.

—Los dioses se han reunido y nos mandan a castigar —respondió.

—¿Castigar, cómo? —continuó Facundo.

—Juracán —respondió Tiba al tiempo que señalaba las nubes negras del cielo que ahora estaban más cerca.

El cielo se comenzó a oscurecer, la brisa se convirtió en una fuerte ventolera que sacudía los árboles y empezamos a sentir las primeras gotas de lluvia.

—¡Ya entiendo: Juracán! —la voz de Ana se escuchó atemorizada.

—¿Qué quiere decir eso? —le dije, casi gritando, porque ahora el viento era mucho más fuerte.

—Quiere decir huracán; se acerca un huracán, tenemos que protegernos.

Todos los habitantes de la aldea tomaron lo que pudieron y se internaron en la selva sin preocuparse de nosotros; únicamente Tiba nos dijo a la pasada que los siguiéramos.

Las pequeñas gotas que antes nos mojaron se convirtieron en una lluvia torrencial, el suelo se tornó barroso en extremo y cada paso que dábamos terminaba en un porrazo que nos dejaba completamente enlodados. Llegamos hasta las faldas de un cerro, más alto que el anterior, nos encaramamos por sobre unas rocas que emergían altivas entre la espesura y nos encontramos ante la entrada de una cueva espaciosa. Los hombres encendieron antorchas, que apoyaron entre las grietas de la cueva, mientras las mujeres acomodaron las armas y los alimentos en un rincón y todos se sentaron sin decir palabra. Guarocuya les habló en su idioma y luego se alejó unos metros para lanzar una plegaria mientras fumaba unas hierbas en una pipa.

La cueva era grande, una de esas a las que nunca hubiera entrado porque me dan pánico, aunque le tengo más miedo a los huracanes. He visto reportajes y noticias en la tele en donde muestran casas sin techos y letreros volando. A los huracanes les tengo casi tanto miedo como a los terremotos tan típicos de Chile. Ana, Facundo y yo nos quedamos sentados a la entrada de la cueva, donde se formaba una curva que nos protegía de la lluvia intensa que a momentos quería entrar. El viento mecía con fuerza los árboles, ladeándolos casi hasta el suelo.

—¿Has estado en muchos huracanes, Ana? —le pregunté a mi amiga.

—No en tantos; bueno, por Dominicana han pasado muchos, pero más que nada afectan a la costa. Como yo vivo en Higüey, me ha tocado soportar inundaciones y ventoleras tremendas, pero nunca he estado en medio de un huracán.

—¿Y cómo supiste que arrancaban de un huracán? —preguntó Facundo.

—Porque algo me acuerdo de una clase de Historia en que nos dijeron que los tainos creían que cuando

los dioses estaban molestos por algo enviaban la destrucción y a eso le llamaban Juracán.

No podíamos calcular la hora, porque dentro de la cueva apenas lográbamos vernos las caras gracias a las antorchas y, si mirábamos hacia fuera, la oscuridad provocada por las nubes cargadas de lluvia daba la sensación de estar suspendidos en una pesadilla. Escuchábamos el viento silbar al pasar entre los árboles y más de alguna rama desgarrada chocaba contra las paredes de la cueva. Aunque ninguno lo dijo, estábamos asustados. Lo único que me calmaba era saber que en la cueva estábamos seguros y que Facundo sostenía una de mis manos entre las suyas con mucha ternura, haciéndome sentir protegida.

Teníamos tiempo para pensar, para planear qué hacer, para urdir un plan que nos devolviera a nuestro tiempo. Ahí sentados en un rincón de la cueva, viendo a los aldeanos organizar su rescate, surgieron las ideas.

—Tenemos que ayudar a los indios en el rescate —dijo Facu.

—¿Pero cómo, Facu?, somos unos cabros chicos,



que no nos podemos meter en luchas, guerras y todo eso –le dije con voz de embobada, al notar que sus ojos ahora me miraban distinto.

–Ema, los castellanos también están soportando un huracán, y éste es el momento de rescatar a los indios y a los esclavos. –Facu tenía razón.

–¿Quieren ustedes que salgamos en medio de un huracán? –nos preguntó Ana, con la cara descompuesta.

–No tenemos otra alternativa –respondí, apoyando la idea de Facu.

Intentamos hablar con Guarocuya para contarle de nuestro plan, pero fue imposible: el cacique seguía como en trance en un rincón de la cueva, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, mientras aspiraba el humo de su pipa y hacía movimientos rítmicos con los ojos cerrados al tiempo que murmuraba una especie de plegaria.

–Se está comunicando con los dioses, pidiendo clemencia para nuestro pueblo, para que la furia de Juracán no los toque –Mencia se paró junto a nosotros y nos explicó qué hacía su marido.

–Nosotros tenemos un plan para rescatar a sus hermanos indios y se lo queríamos contar a Guarocuya –le dijo Facu.

–No es el momento. –Dicho esto, Mencia se fue a reunir con el resto de las mujeres que comenzaban a preparar los alimentos.

Regresamos al mismo rincón en el que habíamos estado toda la tarde, sin hablarnos, mirándonos sin saber qué hacer. De pronto, nos dimos cuenta que la furia de la tormenta ya no se escuchaba con la intensidad de unos minutos antes. Facundo se paró y caminó hasta la entrada de la cueva, se dio vuelta y nos llamó haciendo señas con una mano; Ana y yo nos acercamos a él.

–Miren, pareciera que ya terminó el huracán –dijo, con los ojos brillantes.

–No creo, siempre puede haber un poco de calma y luego sigue –dijo Ana.

–¡Vamos! –Facu no prestó atención a las palabras de nuestra amiga.

–¿A dónde vamos? –preguntó Ana.

–A buscar a los indios –dijo Facu, decidido.

—Pero si ni siquiera sabemos dónde están. —A Ana no le gustó nada la idea.

—Pero Tiba sí sabe —dije, en un ataque de inteligencia.

Tiba estaba cocinando con el resto de las mujeres. La llamamos lo más discretamente que pudimos y le contamos nuestro plan. Ella estaba desesperada, de otro modo nunca hubiera aceptado acompañarnos hasta la hacienda de García, de eso estoy segura. Los nativos conocen su tierra, el clima y la violencia de los huracanes que para ellos es el reflejo de la furia de los dioses que envían a las nubes, los truenos, la lluvia, el viento y el mar encolerizado a destruir al hombre y sus obras por sus malos actos. El amor a su padre y el compromiso con su gente hicieron que la india no viera el peligro y accediera a acompañarnos.

La oscuridad de la cueva sirvió para que nadie se diera cuenta que habíamos sacado cuatro hondas del lugar en que se guardaban las armas que habían estado preparando para el ataque. Tiba caminó como una sombra, confundiéndose con las murallas de piedra, hasta salir de la cueva; la



seguimos, acercándonos poco a poco a la salida hasta sentir el viento del exterior golpear sobre nuestros cuerpos. Aún llovía, pero eran apenas unas gotas tímidas que se perdían entre los charcos que había dejado el aguacero. La espesura se veía maltratada: muchos árboles en el suelo, ramas repartidas por todos lados, pájaros muertos y el silencio aterrador de la soledad.

No sé qué camino seguimos para llegar a la villa de los castellanos, sin percatarnos si era cerca o lejos porque caminar en medio del lodazal que había dejado la lluvia se hacía tortuoso y parecía eterno. Cuando avistamos el poblado a orillas del mar la escena era espantosa, la destrucción se veía y sentía en todos lados. Ni un alma, nadie caminaba por las callejuelas, sólo un perro empapado y tiritando nos miró con ojos tristes y luego salió corriendo a ocultarse entre los restos de una casa que tenía el techo arrancado de cuajo. El suelo estaba saturado de lluvia y el agua formaba una especie de riachuelo torrentoso que nos llegaba a media pantorrilla. Pudimos ver barriles desparramados por todas

partes, carretas destruidas en medio de la calle, botes volteados demasiado lejos de la orilla del mar, y palmeras arrancadas de raíz. Todo ello en medio de una calma extraña, sin viento, ni siquiera una brisa que explicara la destrucción; la llovizna había cesado y un pequeño claro de cielo azul intenso se asomaba entre las nubes amenazadoras.

–Tenemos que apurarnos –dijo Ana.

–Su mercé está en lo cierto, siento que Juracán volverá con más furia. –Tiba miró al cielo y cerró los ojos.

Caminamos lo más rápido que pudimos a través del centro del poblado, para continuar por un camino que se perdía en lo que ahora era un campo, hasta llegar a una plantación de caña de azúcar también arrasada por el huracán. Esquivamos las pocas matas que lastimeras se aferraban al suelo y continuamos avanzando con cuidado. Cuando vimos la casa patronal, sólo una de sus murallas se encontraba en pie, mientras el resto de la construcción yacía sobre el suelo barroso del que sobresalían restos de carretas, herramientas, árboles y más de un animal

muerto. Al ver el lugar, Tiba no pudo contener las lágrimas, que comenzaron a correr por sus mejillas al tiempo que dejaba de caminar.

–Tenemos que seguir. –Ana le habló con dulzura.

–Tengo miedo –la muchacha se agachó, con la mirada perdida en el infinito.

–Tiba, dime dónde está tu gente –le ordenó Ana.

La chica no contestó, aunque levantó uno de sus brazos e indicó con un dedo hacia la parte posterior de la casa destruida.

–¡Espéranos aquí! –le dijo Facu.

Los tres corrimos decididos hasta la casa desierta, esquivando gallinas muertas, ollas desparramadas, platos quebrados. Nos detuvimos en medio del caos, intentando adivinar hacia dónde seguir.

–¿Escuchan? –les pregunté a los chicos, tratando de afinar mi oído.

–No escucho nada –respondió Ana.

–Yo escucho gemidos –dijo Facu.

Nos pusimos a apartar palos y restos de muebles, hasta que, en medio del desastre, apareció un perrito cachorro blanco, tan enlodado que no era

posible distinguir su raza. Lo tomé con cuidado, mientras el animalito continuaba gimiendo.

–Me lo llevo –dije decidida.

–Pero, Ema, vinimos a rescatar a la gente de Guarocuya, no a recoger perros –me dijo Facu, con un aire de reproche.

–Déjala, si se trata de animales no hay modo de convencerla. –Ana habló con resignación.

Acomodé al perrito en mi mochila, y nos pusimos en camino. Dejamos atrás la casa y pudimos divisar una barraca que se sostenía a duras penas en pie. Al llegar a la puerta vimos que estaba cerrada por fuera y que le faltaba el techo. Junto a la entrada se encontraba un hombre blanco tirado en el suelo, sin que pudiéramos saber si estaba muerto o sólo inconsciente. Facundo se acercó con mucho cuidado y se agachó junto al desconocido, acercando uno de sus oídos para sentir si respiraba.

–Está vivo –dijo.

–Tenemos que ayudarlo –no me imaginaba dejando a una persona a merced del huracán, por muy malvada que fuera.

—Es él o nosotros —dijo Facu, al tiempo que me señalaba con un dedo el arma que el hombre tenía en una de sus manos.

Facundo tomó lo que parecía una escopeta muy antigua, que lanzó lo más lejos que pudo y luego, quitándose un cordón de sus zapatillas, amarró las manos del desconocido, sin que éste reaccionara. Nuestro amigo se puso de pie y entre los tres levantamos la tranca que aseguraba la puerta, abriendo con esfuerzo el par de hojas de madera maciza. Al mirar hacia el interior nos encontramos con una escena horrorosa: había unas treinta personas encadenadas con grilletes que las sostenían de las muñecas a una viga horizontal que abarcaba toda la extensión del lugar. Olía a miseria, a excremento mezclado con sudor y humedad. Las personas nos miraron con ojos de súplica y un hombre moreno nos habló algo que no pudimos entender.

—Los vinimos a rescatar —dijo Facu, lo más alto que pudo, mientras una mujer con un niño de unos dos años en su regazo, nos agradeció llorando.

Facu sacó de su mochila el cortaplumas rojo con

la cruz plateada para intentar liberar a los esclavos, aunque resultó una tarea infructuosa, porque la navaja no era capaz de cortar las cadenas. El silencio reinante se interrumpió y una ventolera comenzó a azotar el lugar, mientras la lluvia caía con fuerza de diluvio.

—¡Ana, compró si el hombre que está afuera tiene las llaves de los grilletes! —Facundo gritó todo lo alto que pudo para hacerse escuchar en medio de la furia del huracán.

Ana y yo corrimos hasta la salida, donde el hombre continuaba aturdido junto a la puerta. Ella se agachó y comenzó a palpar los pantalones del hombre.

—No encuentro nada —me dijo Ana, con desesperación.

—Tenemos que darlo vuelta —ordené.

Entre ambas volteamos al hombre, que comenzó a gemir, y descubrimos una llave de hierro amarrada a su cinturón. Ana la arrancó de un tirón al tiempo que el hombre despertaba por completo y comenzaba a retorcerse desesperadamente para liberarse de las

ataduras de sus muñecas. El sujeto estaba completamente cubierto de barro, mientras la lluvia comenzaba a limpiar su rostro de aspecto malévolo.

—¡Soltadme! —gritó el hombre, mientras intentaba cortar con los dientes el cordón con que Facu lo había amarrado.

—¡Nunca, usted es malo! —le grité, sin pensar.

Ana corrió a entregarle la llave a Facu, quien comenzó a liberar a los esclavos, que se iban levantando con dificultad y saliendo a duras penas de la barraca. En tanto, yo vigilaba al hombre que se movía con desesperación.

—Tenemos que hacer algo con este tipo —dijo Facundo—. Dale una patada para que se quede quieto —me ordenó. Pero soy incapaz de hacer algo así: sólo lo he hecho cuando me han atacado, y el hombre no me había hecho nada.

—¡Pégale! —me gritó Ana que pasó junto a mí, ayudando a una mujer que no podía caminar sola.

—No puedo —dije llorando y en ese instante se acercó un hombre negro muy alto y de grandes músculos, quien le dio una patada en la cabeza que lo puso a dormir al instante.

Corrimos lo más rápido que pudimos con los liberados tras nuestro hasta llegar a donde se encontraba Tiba, quien al vernos fue a nuestro encuentro y comenzó a escudriñar entre la gente hasta ubicar a un hombre herido y delgado en extremo, al que miró con dulzura y luego abrazó.

El cielo estaba cada vez más negro, sentíamos los truenos y podíamos ver los destellos de los relámpagos demasiado cerca, el viento azotaba y nos tiraba al suelo apenas lográbamos ponernos de pie. Por un momento pensé que no saldríamos de esto, que nos quedaríamos ahí, tirados en medio de la plantación de cañas de azúcar junto con el resto de los animales muertos que plagaban el lugar. Logramos llegar al poblado, que ahora estaba completamente destruido, los barcos que antes vimos en el mar habían zozobrado y sólo se distinguían los mástiles quebrados entre el oleaje furioso del mar Caribe que, al contrario de lo que siempre vi, estaba oscuro, casi café lodoso, lleno de restos de tablas, barriles y telas. No pude distinguir la línea

del horizonte: ésta se confundía entre el negro de las nubes y el marrón del mar agitado.

—¡Tenemos que llegar a la cueva! —le gritó Facundo a Tiba y ella repitió las palabras en ese idioma que no podemos entender.

Las personas que liberamos estaban agotadas, pero hacían todo el esfuerzo posible por continuar caminando entre la destrucción. Llegamos hasta la espesura de la selva, los silbidos del viento parecían presagiar nuestro final al tiempo que seguía derribando árboles y desgarrando ramas que por poco nos caían encima.

—¡Ayuda! —escuchamos un grito desesperado. Los tres miramos hacia atrás.

—Es Tiba —dijo Ana y se devolvió corriendo, con nosotros tras ella.

La chica india estaba agachada y sostenía en sus brazos el cuerpo maltratado de su padre; un gran árbol le había caído a la altura del estómago. El hombre gritaba de dolor y Tiba, desesperada, lo tiraba intentando liberarlo.

—Nosotros nos quedaremos con él, anda a pedirle

al resto de la gente que nos ayude —dijo Facundo.

Tiba se paró, besó a su padre en la frente y corrió hasta alcanzar al resto de las personas que continuaban subiendo el cerro con dificultad. Entre todos logramos levantar el árbol y liberar al padre de Tiba, pero estaba muy mal herido: respiraba con dificultad y tenía la mirada perdida de quienes saben que no les queda mucho tiempo en este mundo. La chica, llorando, se arrodilló junto a él, le tomó una de sus manos partidas por el trabajo en la plantación y la besó con ternura. El hombre la miró a los ojos y le dijo algo con un murmullo agónico, luego quedó inmóvil y Tiba lanzó un grito lastimero. Todos permanecemos en silencio, hasta el huracán pareció respetar la tristeza de la india dándonos un respiro de calma, deteniendo el viento, apaciguando la lluvia.

Llegamos a la cueva cuando ya estaba completamente oscuro y se respiraba en el ambiente una calma que sabíamos no duraría mucho. El mismo hombre moreno, que antes había dado una patada al castellano que custodiaba la entrada

de la barraca, cargaba el cuerpo inerte del padre de Tiba. El grupo de liberados entró mientras Facu, Ana y yo nos quedamos en el umbral de la cueva. Escuchamos gritos de alegría y luego llantos de mujeres. No sabíamos qué hacer: lo que se vivía al interior era tan íntimo que no quisimos interrumpir con nuestra presencia el encuentro. Nos sentíamos unos intrusos interfiriendo en la pequeña felicidad reinante

–Gracias –escuché la voz de Guarocuya, que se había alejado del resto de las personas para hablar con nosotros.

–No pudimos hacer nada por el padre de Tiba –lo miré y le hablé con vergüenza.

–Él seguirá el camino de los espíritus, los dioses lo llamaron; vosotros no podíais hacer nada –dijo Guarocuya, con voz de sabiduría.

–Pero Tiba está muy triste. –Ana hablaba con lágrimas en sus ojos.

–Ella llora porque no lo verá más en el cuerpo que cobijaba su espíritu, pero sabe que su alma estará para siempre con nosotros.

El cacique nos condujo al interior de la cueva y todas las personas de la aldea junto con los rescatados, inclinaron sus cabezas en señal de agradecimiento. Me puse roja, no sabía qué hacer, por suerte Mencía nos hizo una seña para que la siguiéramos hasta un rincón de la cueva.

–Guarocuya tenía razón: a vosotros os enviaron los dioses para ayudarnos y nosotros os estaremos eternamente agradecidos por vuestra valentía y coraje –Mencía hablaba con calma.

–No podíamos dejarlos solos en esto –respondió Facundo.

–Sí podían, pero no lo hicieron; vosotros sois grandes personas, dignas del más profundo respeto del pueblo taino –dicho esto, la mujer nos entregó a cada uno una pequeña figura tallada en concha, el mismo dios que habíamos encontrado en la selva–. Yuki yú os protegerá en el camino de regreso a vuestras casas.

La mujer nos dejó solos y en ese momento sentí que mi mochila se movía y me acordé del cachorrito que había rescatado en la hacienda. En



realidad era perrita, de unos tres meses, blanca y con una mancha negra alrededor de uno de sus ojos. La limpié con las piernas de mi pantalón que se transforma en short, que tenía guardado en mi mochila. Tiba me pasó unos restos de comida para darle al animalito. Espero que no esté enferma, porque tiene una carita tan linda, llena de inocencia, y me la quiero dejar para mí, algo así como un regalo de cumpleaños atrasado.

Después de la calma, Juracán continuó con su destrucción. Afortunadamente, la cueva era espaciosa y segura, tanto que los aldeanos como los recién llegados se pudieron acomodar sin dificultad.

Ana y Facundo duermen sobre unos cueros a mi lado. La perrita (que aún no tiene nombre) está enrollada a los pies de los chicos y también duerme con la tranquilidad única de los cachorros. Yo no tengo sueño, me he quedado escribiendo en mi diario y pensando en los esclavos que rescatamos y en la ambición de las personas que no se cura con el paso de los años ni de los siglos. Lo que me han obligado a leer de Historia me daba una idea de

cómo fue la llegada de los españoles o “encuentro de dos mundos”, como le gustaba decir a mi profesora de Sociales en Chile. La sorpresa de Colón al ver a los nativos semidesnudos, el interés por demostrarles a los reyes de Castilla y Aragón que su viaje había sido un éxito, el reclutamiento de conquistadores con la promesa de encontrar riquezas y la destrucción que dejaron al no respetar otras formas de vida. Eso lo sé desde hace años, pero lo que nos enseñan es tan poco, apenas un brochazo de parte de la Historia, pero qué distinto es verlo, sentirlo, y escuchar las palabras desesperadas de quienes están siendo conquistados a sangre y fuego. No creo que todos sean malos, los tainos tampoco\* lo creen, saben distinguir la gente de buen corazón entre sus opresores. Lo que más me atormenta de todo esto es darme cuenta con tristeza que las cosas no son muy distintas después de más de quinientos años. El pueblo dominicano ha sufrido mucho con la llegada de los conquistadores: sometieron a su gente, se apoderaron de sus riquezas y de sus tierras, han destruido la selva tropical para plantar

cañas de azúcar, y eso es lo que yo he podido ver en estos días, sin imaginar cuántas cosas más pasaron y seguirán pasando.

A veces me quedo pensando en mi papá, ¿será acaso como un conquistador español, pero representante de una gran empresa hotelera que se ha dedicado a colonizar los parajes paradisíacos de esta isla? ¿Serán los *resorts* algo así como las plantaciones de cañas de azúcar? Yo sé que la gente en Dominicana no está bien, que hay personas muy ricas y otras demasiado pobres. Sé que las mejores playas son privadas y que sólo las pueden disfrutar los pasajeros de los hoteles. He visto las calles barroas de los pueblos, a los niños desnudos, a las personas enfermas y me sigue dando rabia con todos los que no somos capaces de hacer algo para solucionar el problema, que se arrastra desde hace siglos.

Lo peor es que este problema no es sólo de Dominicana; en Chile también lo he visto, quizás más oculto, pero existe. Creo que me he cansado de pensar solamente en mí y en las personas cercanas,

creo que la gente joven, los niños, son los únicos que podrán cambiar el mundo. A las personas mayores no se les puede pedir mucho: viven encerrados en sus cuatro paredes y muchas veces no son capaces de ver lo mal que lo están pasando las personas que los rodean, como los empleados del hotel que administra mi papá, por ejemplo, que en ocasiones no tienen ni para comer.

Me he puesto a pensar en lo bueno que sería que en los colegios a uno le enseñaran a respetar al medio ambiente, a los animales, a las otras personas sin importar si son ricos o pobres, jóvenes o viejos. Qué bueno sería tener un ramo de tolerancia, porque está claro que no somos tolerantes; los españoles no toleraron a los tainos y se esmeraron en aniquilar sus creencias, sus costumbres y a hacer de su forma de vida la única valedera. A nosotros nos cuesta tolerar a quienes son distintos porque tienen otra forma de vestir, se peinan raro, escuchan música que no nos agrada o simplemente piensan diferente. ¿Por qué los adultos no se dan cuenta que la biología, las matemáticas, el lenguaje y todas

esas cosas que una tiene que aprender obligada no son más importante que aprender a convivir en paz con todos?

Me he puesto a llorar como tonta; creo que es porque me doy cuenta de lo mal que estamos, y que por mucho que Guarocuya luche por rescatar a su pueblo y a los esclavos maltratados, le queda un camino muy largo por recorrer y no podrá ver los resultados, pues nosotros mismos en la actualidad no podemos verlos. Quizás ha mejorado un poco, pero aún falta mucho.

### Jueves 24 de agosto

“¡Juracán se ha ido!” Guarocuya anunció la noticia con entusiasmo, y todos en la cueva nos preparamos para abandonar el refugio. La mañana estaba hermosa, en el cielo no quedaba ni una sola nube, pero en la selva, con la luz del sol se podía dimensionar el nivel de destrucción que había dejado la furia de los dioses (como dice el cacique): árboles caídos, los suelos saturados por la

lluvia formaban pequeños riachuelos que corrían cerro abajo, muchos animalitos muertos que comenzaban a ser devorados por las hormigas y un silencio que asustaba, pues la selva bulle de vida con los cantos de los pájaros y el grito de algún animal que no se puede distinguir en la espesura. Pero ahora ya no se escuchaba la existencia en ese mundo verde, y sólo espero que los habitantes de la selva regresen como ahora lo estaba haciendo Guarocuya junto a su pueblo.

Llegamos a lo que quedaba de la aldea, que no era más que un lodazal con las cabañas en el suelo. Ana, Facundo y yo queríamos ir a ver en qué estado había quedado el poblado castellano, aprovechando que todos en la aldea estaban haciendo los preparativos para el funeral del padre de Tiba. A ninguno de los tres nos gustaba la idea de quedarnos a la ceremonia fúnebre y a mí, la muerte me da miedo y no me agrada estar cerca. Nos escabullimos entre la gente y fuimos caminando cerro abajo, abriéndonos paso entre los matorrales maltratados por la lluvia y el viento. Yo cargaba en

mi mochila a la perrita, que parecía que se había acostumbrado a estar conmigo porque, si la dejaba, comenzaba a llorar inmediatamente.

Al llegar a la playa, la desolación era absoluta. Las palmeras se veían arrancadas de raíz, la canoa de Tiba estaba destruida como si hubiese sido azotada contra los árboles y en el mar todavía se podían observar los restos de maderas y lonas que seguramente arrastró la marea desde la villa castellana. El agua del Caribe seguía estando agitada y de ese color barroso que nada tiene que ver con el turquesa que tanto me gusta.

Caminamos hasta el poblado, sin podernos acercar porque los castellanos habían vuelto tratando de salvar algo de lo que quedó después de la pasada del huracán. Desde la distancia vimos las casas en el suelo, transformadas en montones de palos rotos, árboles caídos, botes en medio de las calles inundadas, restos de utensilios, y de los barcos que antes vimos ya no quedaba ni el mástil. Observamos cómo una mujer llorando llamaba a gritos a un tal Fermín, hasta que lo encontró

muerto entre las vigas de una casa destruida. Hasta donde estábamos llegaba el olor a destrucción que había afectado a españoles, nativos y esclavos sin distinción, dejando con su paso una estela de tristeza. En mis tiempos aún se siente cuando la tierra se rebela y nos recuerda que no somos nada más que simples animales con aires de superioridad.

—Ya no soporto esto —dije mientras me aferraba a la mano de Facundo y con la otra sostenía la mochila que cargaba a mi perrita.

—Los desastres naturales son así —dijo Ana, con resignación.

—¿Y mis papás y mi hermano, el hotel, cómo estarán? —de pronto recordé que vivía junto al mar y me consumió un gran miedo.

—Tranquila, querida, estamos en otro tiempo —las palabras de Facundo me sorprendieron: por fin compartía nuestra teoría.

Al regresar a la aldea, todos estaban reunidos en un extremo del claro en medio de la selva entonando unos cánticos que me sonaban a esperanza. Dos hombres

cargaban un bulto envuelto en telas blancas: era el padre de Tiba, que estaban acomodando en posición fetal dentro del hoyo y sobre quien depositaron una gran cantidad de ofrendas compuestas de cestas con semillas, frutas, pequeñas esculturas de sus dioses, entre otras cosas que no conseguimos distinguir. Luego taparon la tumba y continuaron cantando hasta que la noche cayó de golpe.

Las personas de la aldea ya se estaban organizando para la reconstrucción de las chozas; los podíamos escuchar a la distancia, acomodados sobre el tronco de un árbol que había arrancado el huracán.

—Gracias por todo lo que habéis hecho por nosotros. —Tiba también se sentó en el tronco.

—Nos gustaría haber podido hacer más —respondió Ana, en tanto que Mencía y Guarocuya también se acercaron para conversar.

—Vosotros ya cumplísteis con vuestra misión, los dioses me lo han confirmado, ahora debéis regresar a vuestro mundo —sentenció Guarocuya.

—No nos podemos ir, señor, no depende de nosotros —Ana habló con angustia.

—Quedaos tranquilos, ésta será la última noche que paséis en la aldea.

—Nos gustaría haceros una despedida en agradecimiento a vuestra valentía, pero no podemos —Mencía habló con esa ternura que la inundaba.

—Gracias, pero con su hospitalidad ya han hecho demasiado —Ana siempre sabe qué decir.

—Guarocuya, Mencía, Tiba —dije con solemnidad—, les ruego que me escuchen con atención. Lo que les diré es importante: no desfallezcan en la lucha por su pueblo, es una tarea larga que finalmente dará resultados y todo lo que ustedes están haciendo, algún día quedará estampado en los libros y ya no será más que el recuerdo de lo que no puede volver a suceder.

—Su mercé habla con sabiduría, sin duda será una gran persona —Mencía nos miró fijamente y los tres nativos se levantaron, se despidieron de nosotros y nos dejaron descansar.

### **Viernes 25 de agosto**

Desperté con los rayos del sol dándome directo

en la cara, Ana estaba tirada en el suelo durmiendo casi como una criatura y Facundo roncaba con la cabeza apoyada en mi hombro. Miré a mi alrededor con dificultad, pues la claridad me tenía encandilada.

—¡Chicos, despierten! —di un grito destemplado.

—¿Qué pasa, piba? —Facundo, bostezó y se restregó los ojos con las manos.

—¡Miren! —les ordené.

Ana se paró de un salto y se quedó inmóvil, sin poder hablar.

—¡Es la carretera! —Facu dio un grito.

Vimos la ruta llena de hoyos, la mancha negra de aceite en el pavimento, la tierra arcillosa con uno que otro matorral diminuto y el árbol grande que nos había dado algo de sombra. Facundo corrió los escasos tres pasos que nos separaban de la carretera y miró a la distancia.

—¡Ahí viene algo! —gritó entusiasmado.

Ana y yo corrimos a mirar.

La manchita crecía rápidamente y se comenzaba a distinguir un vehículo.

—¡Nos encontraron! —gritó Facundo.

No pasaron más de tres minutos antes de que el bus se estacionara frente a nosotros, se abriera la puerta, y apareciera miss Clemencia. Nos abanzamos sobre ella para abrazarla.

—¡Calma, chicos! —nos ordenó la profesora.

—Pensamos que nunca volveríamos —dije casi llorando, y la miss nos miró con cara rara.

—Pero si no hace ni diez minutos que nos dimos cuenta que no estaban y volvimos de inmediato —dijo la miss.

Ana, Facundo y yo nos quedamos mirando.

—Suban al bus; tenemos que llegar al lago —ordenó la profesora.

Los tres fuimos a buscar nuestras mochilas, que estaban tiradas junto al árbol, y luego corrimos para subir al bus. Nos sentamos en los últimos asientos, sin decir palabra, mientras miss Clemencia comenzaba a darnos un sermón en castellano para que entendiéramos claramente que “no pueden alejarse del bus, no pueden separarse del grupo, es muy peligroso; si no nos hubiéramos dado cuenta

que faltaban tres alumnos... a ellos les pudo haber pasado cualquier cosa, gracias a Dios nos percatamos apenas partimos, al contarlos, es por eso que tienen que estar siempre atentos...”, la profesora hablaba sin parar.

—Mauricio, ¿qué fecha es? —le pregunté a ese compañero despistado que nunca falta.

—Quince de agosto, ¿por qué? —respondió nuestro compañero.

—Por nada —le dije al tiempo que abrí mi diario, vi lo mucho que había escrito y, en la última hoja, la fecha: “jueves 24 de agosto”.

La voz de miss Clemencia seguía retumbando en nuestros oídos; el bus aún no partía porque los profesores estaban revisando asiento por asiento para asegurarse que estábamos todos.

—Chicos, estuvimos perdidos ¿verdad? —miré a mis amigos.

—Hasta donde me acuerdo, en medio de la selva —respondió Ana.

—¿Con los tainos? —seguí preguntando.

—Y los castellanos y el huracán —respondió Facu.

—Entonces no fue un sueño —pensé en voz alta al tiempo que descubría en mi pecho el collar de conchitas y la figurita del dios taino tallada en madera, colgando junto a la llave de la caja fuerte de mi dormitorio.

Ana quedó pensativa y tomó con desesperación su mochila para sacar de ella su cámara fotográfica. La encendió y comenzó a apretar los botones para revisar las imágenes capturadas, mientras a cada instante la cara se le iba desfigurando.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Mira —me dijo, acercándose la máquina.

Los tres revisamos las imágenes del viaje; primero el bus, luego la posada, el camino, yo arriba de la palmera, pero al llegar a las fotografías en donde estaba la aldea sólo se podía distinguir una explanada verde y desierta. No había rastros de las cabañas ni de sus pobladores. Luego, la imagen de lo que debería ser el caserío castellano; pero no se distinguía más que el mar turquesa junto a una maraña de vegetación. Todas las imágenes de las personas y de los poblados habían desaparecido, dejando

en la pantalla de la cámara el espacio intrigante. Ana y yo nos miramos con una mueca en la cara.

—¿Y qué fecha tienen? —le pregunté haciendo una seña temerosa con la mano.

Ana retrocedió las imágenes y las examinó nuevamente.

—Aquí dice cero del cero, del cero, cero, cero, cero.

Los tres estábamos pálidos; parecía continuar esa pesadilla de la que no lográbamos salir, sin saber si lo que pensábamos que había ocurrido había sido real o producto del sol que nos cocinaba el cerebro mientras esperábamos a que regresaran por nosotros.

—¡Miren! —Ana había clavado los ojos en la ventanilla del bus.

Facundo y yo pegamos nuestras cabezas al lado de la de Ana. Allí, en medio del desierto que bordeaba el camino que lleva al lago Enriquillo, me pareció ver a Guarocuya de la mano con Mencía; pero fue una imagen diáfana que se mezclaba con el color tierra del paisaje y que desapareció apenas parpadé.

—¿Eran ellos? —preguntó Ana titubeante.

—No, Ana, afuera no hay nadie —dijo con determinación Facundo.

Ana y yo nos miramos decepcionadas y con un poco de pena.

Me acomodé nuevamente en el asiento y quedé con la mirada fija en la pulsera hecha del cordón de la zapatilla de Facu con un corazón tallado en madera. Me dio mucho susto de sólo pensar que todo había sido un sueño y desaparecería igual que la imagen de Guarocuya y Mencía que me pareció ver en el camino. De pronto, sentí una mano sobre la mía y una voz que me susurraba al oído: “Sos la novia más linda que existe en todo el mundo”.



